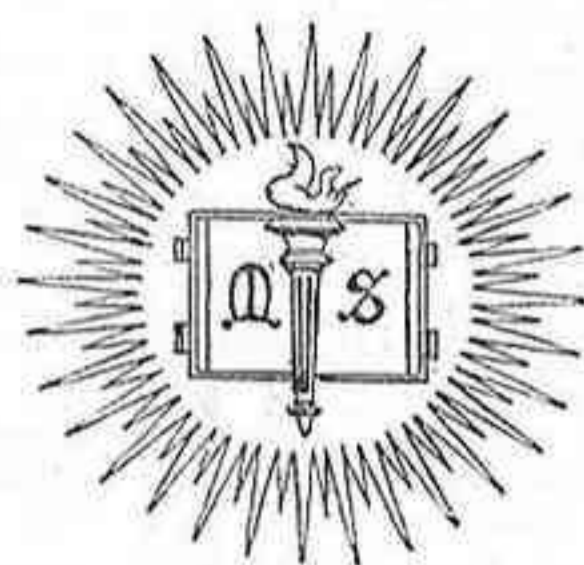


La Ilustración



Artística

Año XIX

BARCELONA 5 DE FEBRERO DE 1900

Núm. 945

REGALO A LOS SEÑORES SUSCRIPTORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA

OBRAS NOTABLES DE ALFONSO MUCHA



PROYECTO DE TARJETA-RECUERDO DE S. M. LA REINA DE NÁPOLES,
obra de Alfonso Mucha



Texto. — *Crónicas de la Exposición de París*, por Juan B. Enseñat. — *Alfonso Mucha*, por León Deschamps. — *El «guapo»*, por P. Gómez Candela. — *La mejor nariz del mundo* (cuento), por Nilo María Fabra. — *Expropiación*, por Eduardo de Palacio. — *Nuestros grabados.* — *El obstáculo*, novela ilustrada (continuación). — *Exposición de París de 1900. La techumbre de la gran nave del Gran Palacio de Bellas Artes*, por A. da Cunha. — Libros enviados a esta Redacción por autores ó editores.

Grabados. — *Proyecto de tarjeta-recuerdo de S. M. la reina de Nápoles.* — *Bustos bizantinos.* — *Melancolía.* — *Estudio al lápiz.* — *Calendario de «La Plume».* — *Cartel anunciador de «La Revue pour les jeunes filles».* — *Cartel para la imprenta Cassan Fils.* — *«Le Bal des Quatre Arts».* — *Calendario en cuatro hojas para la fábrica de chocolates de Massan.* — Varios dibujos y composiciones y el retrato del célebre dibujante Alfonso Mucha, autor de dichas obras. — *Muelle de pescadores*, cuadro de Onofre Garí Torrent. — *Guerra anglo-boer. Mapa de la región al Oeste de Ladysmith*, en donde se han desarrollado las últimas operaciones del ejército del general Buller. — *En la feria*, cuadro de M. Obiols Delgado. — *Fraunhofer explicando a sus amigos el espectrómetro*, cuadro de R. Wimmer. — *Juan Ruskin*, ilustre crítico de Bellas Artes inglés. — *Guzmán el Bueno*, estatua de Aniceto Marinas. — Figs. 1 y 2. Detalles del Gran Palacio de Bellas Artes de la Exposición de París de 1900.

CRÓNICAS DE LA EXPOSICIÓN DE PARÍS

Nueva perspectiva. — La avenida de Nicolás II. — El Palacio pequeño de Bellas Artes. — La Exposición retrospectiva de las artes de adorno.

En la visita hecha en nuestra precedente crónica a las obras de la Exposición, dejamos de ver, por falta de espacio, las que se llevan a efecto en la Explanada de los Inválidos y que hoy vamos a recorrer con los lectores que tengan a bien seguirnos.

Para hacernos cargo del efecto que producirá la hermosa avenida que, partiendo de los Campos Elíseos, llega hasta los Inválidos, pasando por el nuevo puente de Alejandro III, entraremos en ella por la anchurosa vía que forman los dos palacios de Bellas Artes, deteniéndonos esta vez a examinarlos más detalladamente que en nuestra rápida visita anterior.

La admirable perspectiva que desde este punto se ofrece a los ojos, ha venido siendo un sueño para muchos partidarios del embellecimiento de París, desde la época de Colbert. Los progresos recientes de la metalurgia, unidos al arte y a la ciencia de los ingenieros del día, lo han realizado por fin, creando el atrevido arco del puente de Alejandro III. Esta perspectiva no desaparecerá con la Exposición, gracias a la cual habrán desaparecido los tresbolillos seculares de la Explanada. La avenida de Nicolás II, con aquellos dos palacios de tan noble estilo a la entrada; el elegante puente metálico de 40 metros de anchura, en el centro, y los Inválidos, con su dorada cúpula, en el fondo, será una de las más bellas de París.

No falta quien deplora la desaparición del antiguo Palacio de la Industria, que tan gratos recuerdos evocaba en la memoria de los parisienses. Su historia gloriosísima le hacía ciertamente acreedor al respeto de las generaciones presentes y futuras, pero su emplazamiento se oponía a la apertura de la soñada vía que hoy se ofrece a la admiración universal.

El pequeño Palacio de Bellas Artes es obra del arquitecto Girault, que cuenta apenas cuarenta y ocho años de edad y tiene ya adquirida una gran reputación por el gusto artístico que une a su ciencia. Pensionado en Roma, dejó allí hermosos recuerdos, como la restauración del Arco de Tito, de la Piazza d'Oro y de la Villa de Adriano, y la erección de la tumba de Martino II della Scala en Verona.

Aquí ha construido innumerables edificios, el Palacio de Higiene en la Exposición pasada, el mausoleo de Pasteur en el Instituto creado por este gran bienhechor de la humanidad y numerosas casas particulares.

En la ejecución del pequeño Palacio, Girault ha tenido ocho ó diez colaboradores de primer orden: Injalbert, Fagel, Hugues, Peynot, Ferrary, Couvers, Lefeuve, Lemaire, Saint-Marceaux y Desvergnes, cuyas obras esculturales adornan el edificio.

Dos años y medio escasos han bastado para llevar a término la ejecución de obra tan admirable.

Para su descripción detallada y completa, sería necesario entrar en explicaciones técnicas que no vienen al caso. Domina en todo el monumento un estilo clásico, que satisface al gusto de inteligentes y profanos por su pureza y su elegancia.

No es esto decir que la obra sea perfecta. No se ha librado de la crítica de los que se complacen más en señalar defectos que en descubrir bellezas. La verdad es que la balaustrada superior, que corre por delante de las ventanas del sotabanco, perjudica al buen efecto del edificio, que resulta, además, un poco aplastado por las cúpulas algo desproporcionadas.

El estilo es compuesto; las columnas de orden jónico y las mismas cúpulas le dan el carácter de una obra del Renacimiento modernizado.

El plano del palacio obedece admirablemente al objeto de éste, cuya distribución resulta de una gran sencillez. La planta afecta la forma de un trapecio regular, cuya base mayor corre a lo largo de la fachada principal, de 129 metros de longitud, sobre la avenida de Nicolás II. La base menor del trapecio, correspondiente a la fachada posterior que mira a la plaza de la Concordia, mide 81 metros. Cada una de las facas laterales tiene 90 metros de longitud. Estos costados dan, uno a los Campos Elíseos y el otro al Cours-la-Reine. El eje es de 80 metros. Resulta, pues, para todo el edificio, un área de unos nueve mil metros cuadrados. Descontando los 2.200 que representa el patio interior, quedan 6.500 metros de terreno edificado, cuyo coste total excede de cinco millones de francos. Sin embargo, nada tiene de exagerado este precio, si se tiene en cuenta que la generalidad de las casas particulares que hoy se construyen en París resultan a 1.000 francos por metro cuadrado.

La altura del palacio, sin contar las cúpulas, es de 23 metros; cinco para el piso bajo, doce para el principal y los restantes para buhardillas.

Lo más elegante del edificio es el pórtico, que ocupa arrogantemente casi toda su altura y que quedará como una de las obras más bellas de la moderna arquitectura.

Sobre el pórtico aparece un hermosísimo bajo relieve de Injalbert, que representa «La ciudad de París protegiendo a las Artes.»

A uno y otro lado del pórtico, dos magníficos grupos: a la derecha, «El Sena y sus afluentes», por Ferrary; a la izquierda, una «Flora» admirable, del maestro Couvers.

En lo alto, dos personificaciones de la Fama, puestas como dos centinelas a uno y otro lado de la base de la cúpula central, y que honran al cincel de Saint-Marceau.

Siguiendo la fachada hacia el Sena, encontramos nueve hermosos bajos relieves en los intercolumnios, representando la Arquitectura, la Escultura, el Grabado en metales, la Cacharrería, la Cerrajería, la Cristalería, la Galvanoplastia, el Arte del mobiliario y la Armería. Todos son obra de Hugues, que ha simbolizado con mucho talento las Artes y las Industrias, de la misma manera que Fagel ha representado en los otros nueve bajos relieves que ocupan los intercolumnios de la izquierda de la fachada la Pintura, el Grabado en dulce, la Imprenta, la Fotografía, las Flores, la Música, los Bronces, la Orfebrería y los Tejidos.

Pero subamos la ancha escalinata que conduce al interior del palacio.

Hétenos en el vestíbulo de forma elíptica, cuyo eje mayor mide 21 metros y cuya altura es la de la cúpula central.

Subamos siete escalones más a la derecha y nos encontraremos en una de las dos grandes galerías de la fachada, de 13 metros de ancho por 37 de largo y 12 de altura, con luz cenital y lateral. Al extremo de esta galería encontramos un vasto salón rectangular, de 20 metros por 10. Igual distribución se encuentra al otro lado del vestíbulo para la parte correspondiente a la izquierda de la fachada.

El resto del edificio se compone de un doble orden de galerías a lo largo de las fachadas laterales y posterior, y una galería circular con columnata sobre el patio.

Desde el salón angular de la derecha, pasemos a la galería lateral externa, del cual se halla separada únicamente por un pequeño vestíbulo y una escalera circular. Esta galería tiene 7 metros de ancho por 45 de largo. Recibe abundante luz por las vidrieras del techo y por siete ventanas que dan al Cours-la-Reine. Otra galería idéntica corre a lo largo de la fachada lateral de los Campos Elíseos.

La parte posterior de cada una de estas galerías conduce a un pabellón circular y éste a una ancha escalera que ocupa el centro. Estos pabellones, en forma de torres que se elevan hasta las cúpulas angulares de la fachada posterior, ofrecen magníficos puntos de vista. A través de sus anchos ventanales se descubre uno de los panoramas más hermosos de París.

Entre ambos pabellones corre una galería externa de 20 metros, idéntica a las laterales, que conduce a

un pequeño vestíbulo rectangular y al pórtico diametralmente opuesto a la entrada principal del palacio.

Coloquémonos a cierta distancia de la fachada posterior y veremos en torno del reloj que la adorna varias obras esculturales de primer orden. Encima del pórtico, un bajo relieve de Héctor Lemaire, representando «El Tiempo...» que pasa a toda prisa y las Farcas hilanderas de nuestros días. Sobre el frontón dos soberbias estatuas femeninas, obra de Desvergnes.

Entremos de nuevo en el palacio y penetremos hasta su inmensa galería interna que sigue las sinuosidades de las galerías externas laterales y posterior, con luz cenital, una anchura de 11 metros y una longitud no interrumpida de 150, por ocho de altura.

De esta galería se pasa a la elegante columnata que rodea el patio interior, en el cual se levantan tres magníficos grupos esculturales. El del centro es la reproducción en bronce del «Rapto de Proserpina» en mármol, que se encuentra en Versalles y que es considerado como una de las obras maestras del gran Houdon.

Sobre el frontón del patio llaman la atención dos figuras de mujer recostadas, graciosamente esculpidas en piedra por Alberto Lefeuve. La una representa «El Arte en la Verdad» y la otra «El Arte en la Fantasía», doble alegoría que concuerda perfectamente con un Palacio de Bellas Artes modernas.

La idea primordial que ha presidido a la creación de este Palacio, es la de destinarlo a las exposiciones anuales de Bellas Artes, conocidas aquí vulgarmente con el nombre de Salones.

La gran galería de la fachada principal albergará la escultura. La pintura ocupará las galerías internas y externas, y si es preciso, la galería porticada del patio. El grabado, la arquitectura y el dibujo serán relegados a la planta baja. Lo mismo se hará en el Palacio Grande, que ocupa el ángulo derecho, a la entrada de la avenida de Nicolás II.

A primera vista, parece absurdo el haber construido dos palacios con el mismo objeto. Sin embargo, habiendo de sustituir al antiguo Palacio de la Industria, donde se celebran periódicamente esas manifestaciones artísticas, están destinados a completarse mutuamente.

El Pequeño Palacio, que acabamos de visitar, reúne excelentes condiciones para Salón, mientras que el Palacio Grande, que otro día visitaremos, está admirablemente dispuesto para la multitud de reuniones diversas que se verificaban en el derruido Palacio de la Industria.

A pesar de sus condiciones especiales para Salón anual, el Palacio Pequeño será entregado al Municipio, que lo destinará probablemente a museo permanente. Quizá sustituya a las galerías del Luxemburgo, donde las obras de los artistas franceses contemporáneos se hallan instaladas en malísimas condiciones.

Antes de abandonar el palacio de cuya disposición y adorno hemos procurado dar una idea exacta a nuestros lectores, vamos a señalar un detalle práctico, relativo a su construcción.

Entre los materiales empleados, merece citarse en primer lugar el *cemento armado*, notable invento del maestro de obras Hennebique, destinado a evitar los incendios.

Algo podríamos decir acerca de las cúpulas del Palacio y de los 4.000 metros cuadrados de bóvedas de las galerías laterales, curiosamente construidas sin auxilio de cimbras ni andamiajes, como de otras cosas dignas de ser señaladas; pero esto nos conduciría a disertaciones técnicas, en que correríamos el riesgo de incurrir en errores, pues en nuestra incompetencia tendríamos que apelar a la explicación de peritos en la materia, que nunca estaríamos seguros de reproducir con absoluta fidelidad.

Digamos, para concluir, que el menor de los dos palacios de Bellas Artes está principalmente destinado a la Exposición retrospectiva de las artes de ornato. Para responder al plan general de la Exposición de 1900, este palacio no debiera albergar más que objetos del presente siglo. Por excepción, la colección expuesta en sus galerías se remontará a los tiempos prehistóricos. La razón es obvia. Para establecer un punto inicial de comparación, hay que tener idea de lo que se hacía en los anteriores siglos. Sólo así puede formarse cabal juicio de los progresos realizados durante el siglo que fine, en lo concerniente a artes que se renuevan y modifican constantemente. Además, de haberse limitado a nuestro siglo, esta exposición retrospectiva hubiera venido a ser una repetición de las diversas exposiciones modernas, cada una de las cuales ofrece un verdadero museo comparativo del centenario.

JUAN B. ENSEÑAT

ALFONSO MUCHA

Hace algunos años apareció en las paredes de la capital de Francia un cartel que anunciaba: *Gismonda*, Sarah Bernhard, en el teatro de la Renaissance.



El célebre dibujante ALFONSO MUCHA

Aquella aparición produjo sensación vivísima entre los artistas y los coleccionadores: surgía en el horizonte un talento nuevo que antes de poco había de entrar en el limitado templo de la gloria, anunciado por las trompetas de la fama.

Inmediatamente se formaron dos partidos: uno que apoyaba al autor de *Gismonda*, otro que defendía encarnizadamente las glorias consagradas y denigraba con verdadera ferocidad el talento del recién llegado.

Visiblemente fatigado de su realeza, Julio Cheret había cesado de luchar, continuando tranquilamente su producción, siempre admirable, pero falta de lo imprevisto que la había caracterizado en pasados tiempos. El ruido que se armó con motivo del car-



BUSTO BIZANTINO, obra de A. Mucha

tel de Mucha nos valió una nueva y maravillosa florecencia del maestro que creó el género, el cual compuso entonces sus carteles *Lidia*, *Job*, *Quina Dubonnet*. Esta era la mejor demostración de que Cheret se había sentido herido en su amor propio y reconocía en el nuevo artista un adversario.

Por su parte, Grasset, siempre imparcial y noble en sus juicios, publicó una crítica detallada y razonada de *Gismonda*; de suerte que la obra de Mucha algo debía significar cuando había conseguido llamar la atención del otro rey del cartel. En sentir de éste, la unidad de composición había sido sobradamente subordinada al encanto, á la gracia del detalle; en efecto, en la parte inferior del cartel hay un hueco inexplicable que da á la obra el aspecto de una composición no terminada.

¿Quién era aquel artista que desde su debut como cartelista tenía el honor de provocar la atención de dos de los artistas más grandes que en el cultivo de aquel género le habían precedido, Cheret y Grasset, y de desencadenar la lucha entre ciertos aficionados, perturbados en sus antiguas costumbres?

Entonces se echó á volar la fantasía y se dijo lo siguiente:

Sarah Bernhard, encontrándose de paso en Praga, habíase prendado del genio de un joven extranjero que allí encontrara casualmente. Y como Sarah posee todos los dones, había presentido la futura celebridad del pintor y lo había encadenado, con cadenas de oro, á su personalidad artística y á su teatro. Nadie conocía al tal sujeto, de quien se decía que permanecía oculto en un subterráneo lujosamente amueblado, una gruta de Monte Cristo en pequeño.

Esa leyenda, el nombre exótico del héroe de la misma y su talento apasionaron de un modo extraordinario á la sociedad parisiense y favorecieron no poco al seudo protegido de Sarah Bernhard.



MELANCOLÍA, obra de A. Mucha

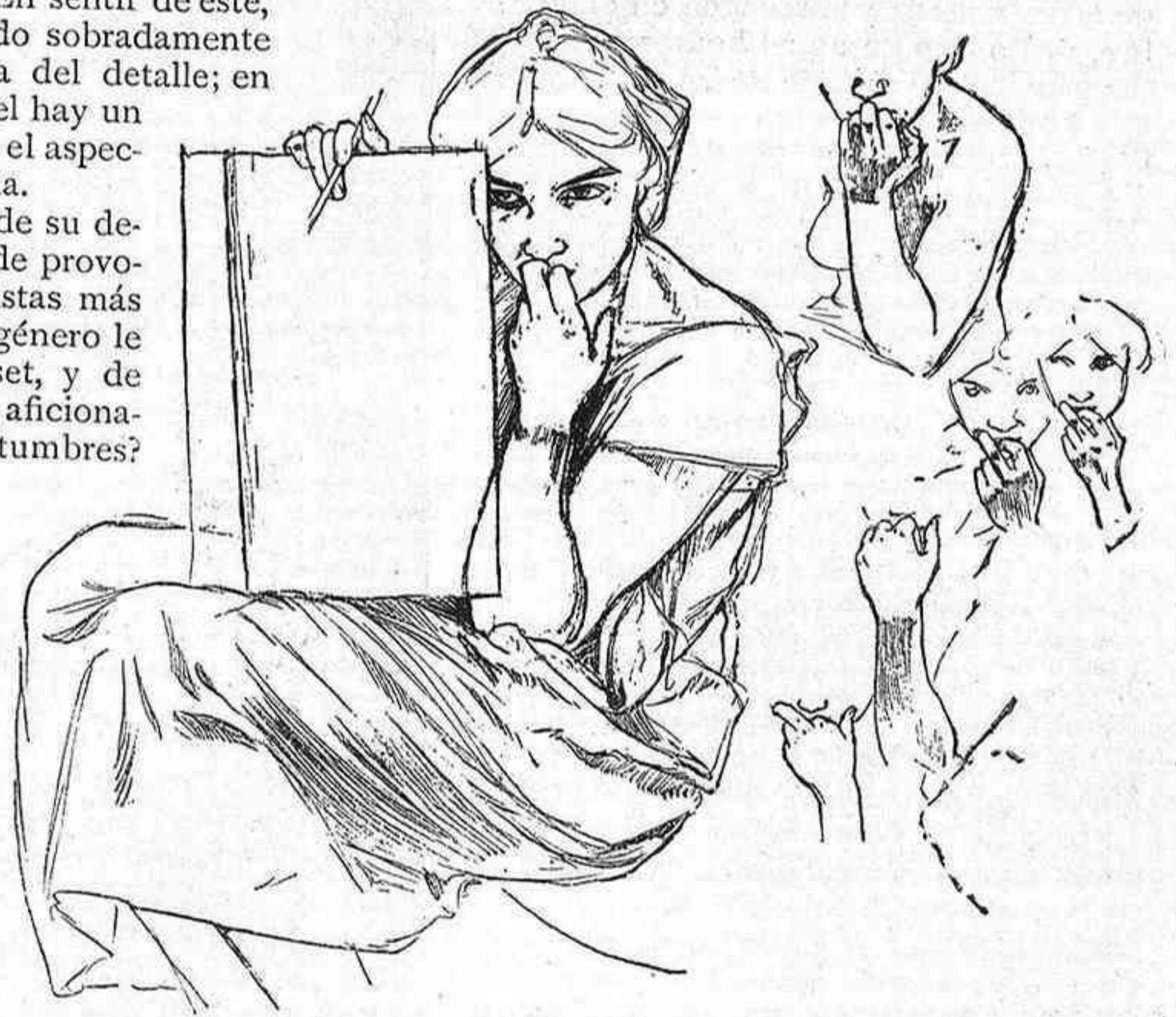
Cierto día, hace de esto algunos años, el poeta José Canqueteau vino á decirnos que había descubierto á Mucha y que éste deseaba conocernos y ofrecernos un cartel como bienvenida al Salón de los Ciento, en donde deseaba exponer en lo sucesivo. El original estaba concluído y sólo faltaba disponer la tirada.

En vista de esto fuimos á ver al futuro expositor. En el fondo de un patio, en la calle de la Grande Chaumière, subimos dos pisos y penetramos en un pequeño taller lleno de vistosas telas, de vestiduras sacerdotales, de caballetes con bocetos al pastel, de mueblecitos orientales llenos de cigarrillos y de cigarrinos minúsculos.

Un joven alto, rubio, nos tendió las manos: su mirada dulce y altanera, su voz que modulaba las palabras de nuestra lengua en un ritmo extraño, algo exótico, la franqueza de la acogida, sencilla y risueña, todo contribuyó á hacernos simpático al que nos recibía.

— Habéis sido muy amable en venir á verme. No me atrevía á presentarme á *La Plume*...

Un croquis que se veía en un rincón del taller atrajo nuestra mirada: veíase en él el bosquejo de una



ESTUDIO AL LÁPIZ por A. Mucha

mujer semidesnuda, con la cabeza inclinada y apoyada indolentemente en una mano; aquella cabeza estaba envuelta en una aureola de dorados cabellos que caían formando arabescos, esos célebres *macaronis* que poco después debían hacerse famosos y habían de ser imitados por todos los monos del arte. Sobre aquel rostro, apenas bosquejado, extendíase una languidez divina y desprendíase de él indecible encanto.

Mucha, adivinando nuestro pensamiento, nos dijo: — Es el proyecto de cartel que destino á ustedes, si les parece bien...

¡Cómo, aquella maravilla era para nosotros! Ante nuestra admiración, que Mucha interpretó como re-



DIBUJO de A. Mucha

serva, quiso disculpar ciertos detalles explicándonos que los corregiría cuando el cartel hubiera de reproducirse.

— ¡Al contrario!, le respondimos. Ejecutad esa obra tal como está y habréis producido la obra maestra del cartel decorativo ilustrado.

Y ahí están para corroborar el juicio que entonces emitimos las siete ú ocho mil personas que hoy poseen aquel cartel, cuyo éxito bien puede calificarse de sin precedentes.

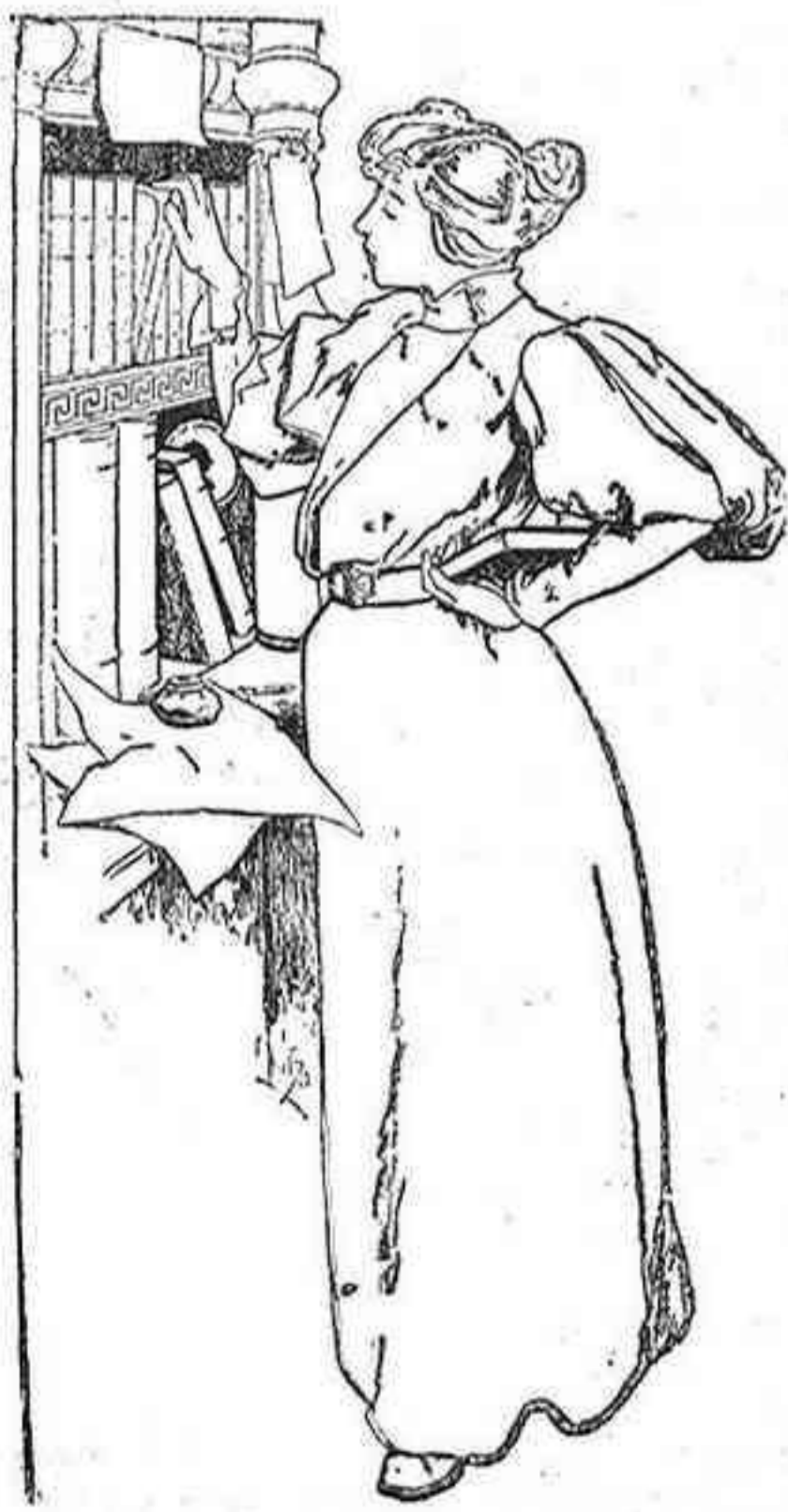
Mientras hablaba, envuelto en el humo de su cigarro, nos pusimos á examinarle. Sus cabellos, un

tanto largos, formaban un gracioso rizo sobre su frente; sus ademanes eran tranquilos, su aire displicente; de cuando en cuando alisábase la barba con la mano. Llevaba pantalón de paño gris y camisa de seda bordada y abrochada en el hombro, único lujo de aquel hombre y prenda principal de su traje de faena. Porque hay que tener en cuenta que Mucha calienta su taller á una temperatura insostenible para nosotros los franceses, pero que le permite abrigarse poco y tener mayor libertad de movimientos para bosquejar sus grandes composiciones, los ventanales y los carteles.

La bondad constituye el fondo de su carácter, una bondad excesiva que no sabe negar nada. Otros de sus rasgos característicos son la modestia y la sencillez, que no suelen ser muy comunes en artistas tan jóvenes y tan mimados por el más completo éxito.

Mucha nos relató en aquella visita sus proyectos, destruyó la leyenda absurda según la cual fué descubierto en Hungría por Sarah Bernhard, y no tuvo una palabra de queja para un pasado doloroso, un pasado de diez años de miseria durante los cuales vivió desconocido en París, viéndose obligado á desempeñar los oficios menos á propósito para alentar á un artista. Hoy es dichoso y se muestra sencillo y bondadoso en sus palabras y en sus proyectos, porque ese hombre, que ha visto colmadas todas sus aspiraciones, sigue siendo un trabajador infatigable.

Alfonso María Mucha nació en Ivancia, pequeña villa de Moravia (Austria), en 24 de julio de 1860. «Si alguna vocación artística se ha manifestado y ha sido perseguida bajo la influencia de una fuerza misteriosa é irresistible, bien puede decirse que ha sido en el caso de Mucha,» ha escrito Víctor Champier en un artículo á él dedicado que publicó la *Revue des Arts décoratifs*. Parece como que una hada amiga, una de esas ondinas que los poetas del Norte celebran en sus leyendas, se constituyera en guardiana suya desde su nacimiento, y el artista se abandona, según él mismo explica, al vigilante impulso de esa invisible protectora que le empuja en la vida cual si recorriera la existencia en un sueño, haciendo surgir á su paso, en la hora fatal, las circunstancias dichas. Ese moravo, cuya elegancia nativa es todo dulzura y que lleva en sus azules ojos la inquieta energía de los soñadores atormentados por una quimera, no duda de nada porque se siente protegido por un talismán, que es un ideal de obstinada labor en la soledad en donde su actividad se ejercita.



Cartel anunciador de *La Revue pour les jeunes filles*, obra de A. Mucha

Muy joven todavía, como Grasset, cuya vida es una existencia de trabajo concienzudo y de voluntad inquebrantable, Mucha abandonó su patria con el propósito de ser pintor y el deseo de aprender, y antes de inspirarse en la naturaleza siguió en Munich los cursos de la Academia de Bellas Artes, aceptando gustoso cualquiera otra ocupación para atender á

su subsistencia. Pobre y falto por completo de relaciones, sus esfuerzos para conseguir su objetivo hubieron de ser muchos y extraordinarios.

— Escucha, dijo la mujer al marido, ¿si hablarámos de él al conde Emmasof?

El conde Khuen Emmasof, que era el castellano de aquella aldea de Moravia, se disponía precisamente á restaurar el antiguo castillo de sus mayores, pero no sabía cómo decorarlo; así es que acogió gustoso al joven pintor, el cual fué cómodamente instalado en aquella mansión señorial y tratado como hijo de la casa. Allí permaneció un año pintando los frescos de la sala de juego. El conde llegó á ser su amigo y protector y lo envió á París para que prosiguiera sus estudios, pasándole al efecto una pequeña pensión.

Esto sucedía en 1890.

Durante cuatro años, Mucha asistió á diversos cursos: la Academia Julián, los talleres de J. Lefevre, Boulanger y Juan Pablo Laurens. Este último ejerció cierta influencia sobre el talento de su discípulo, influencia que más tarde se descubre en las bellísimas composiciones por éste ejecutadas para la casa Colin con destino á la obra *Escenas y episodios de Alemania*, que Mucha ilustró juntamente con Rochegrosse. A estos trabajos de ilustración, que comprenden los *Cuentos de la abuela*, *El elefante blanco*, *El duende del hogar*, *Singoalla*, etc., añadió Mucha varias acuarelas para los litógrafos.

Un día, estando Mucha de visita en la casa Lemercier y C.^a, M. Brunhoff, director de la misma, fué llamado al teléfono por el administrador del teatro de la Renaissance, el cual le preguntó si podrían hacer un cartel para anunciar la obra *Gismonda* que debía estrenar Sarah Bernhard. M. Brunhoff, que sólo disponía en aquel momento de Mucha, ofreció á éste la ejecución del cartel solicitado. El artista aceptó el encargo y puso en seguida manos á la obra después de haber ido á visitar á Sarah Bernhard para tomar los datos necesarios. Algunos días después, la empresa pidió el cartel, pues el drama había de estrenarse en breve;

pero sólo había dispuesta una piedra, la de la parte superior. Fué, pues, preciso precipitar el trabajo, lo cual explica la ausencia que se nota en la piedra de la parte inferior del fondo análogo al de la otra. A



CALENDARIO DE «LA PLUME,» obra de A. Mucha

De la capital de Baviera pasó á Viena, en donde tampoco le fué la suerte propicia, y de allí se marchó á París, en donde la fortuna siguió siendo para él inclemente.

Para los aficionados á cuentos de hadas, citaremos nuevamente el artículo documentado de Víctor Champier.



COMPOSICIÓN de A. Mucha

«Después de algunos años de esta existencia, más bien penosa, y sintiendo la nostalgia de su patria, tomó el ferrocarril; pero agotados sus recursos hubo de detenerse antes de llegar al término de su viaje. Sin otra preocupación y contando con su buena estrella, hospedóse en una posada de aldea y se puso á dibujar paisajes que trató de vender. Los poseedores se interesaron por aquel joven.



Cartel para la imprenta Cassan Fils, de Tolosa, obra de Alfonso Mucha

pesar de este defecto, Sarah Bernhard quedó muy satisfecha y confió á Mucha todos los trabajos artís-

ticos de su teatro. Y al llegar aquí cesa la leyenda, y la historia recobra sus derechos tradicionales.

Poco á poco los éxitos aumentaron, y Mucha hubo de abandonar su taller de la calle de la Grande Chaumiere para instalarse más cómodamente en la de Val-de-Grace.

* * *

La obra del artista es considerable. Después del de *Gismonda*, el teatro de la Renaissance le hizo pintar los de *Amantes*, *Lorenzaccio*, *La dama de las camelias*, *La Samaritana*, etc. Entre sus otros trabajos de este género, merecen citarse los carteles que pintó para el *Salón de los Ciento*, el de la *Revue pour les jeunes filles*, el del *Champagne Ruinard*, los de la *Imprenta de Cassan fils de Folosa*, del *Papel Job*, de las *Cervezas del Meuse*, de la *Sociedad popular de Bellas Artes*, el *Homenaje de Nestlé á S. M. la reina de Inglaterra* (cuatro metros de alto por tres de ancho), el de los *Biscochos Champagne* de Lefevre-Utile, varios para *La Plume*.

Entre los calendarios mencionaremos en primer término los de *La Plume*, *Viellebard*, *Biscochos Lefevre*, *Chocolate Masson*, *Tintas Lorilleux*, *Imprenta Cassan*.

En suma, para que pueda apreciarse la labor de Mucha, bastará decir que en una exposición de sus obras celebrada en la redacción de *La Plume* figuraron 52 carteles, 10 calendarios, 13 tapas de libros, 10 *menus* y programas de fiestas, 13 *panneaux* decorativos, seis vidrieras, 20 composiciones de historia, 332 dibujos y acuarelas, que sirvieron para ilustrar varias obras, y 14 pruebas y originales diversos, formando un total de 464 composiciones.

LEÓN DESCHAMPS

(De *La Plume*)

EL «GUAPO»

¿Cómo había llegado á serlo aquel hombretón alto y fornido, á quien todos habían temblado, verdadero rey de la fuerza y del valor, á quien los bravos y los valientes habían rendido el vasallaje del miedo?

Pues muy sencillo: llegó á Málaga, escaso de recursos y sobrado de miseria; tuvo que hacer la vida del hampa y frecuentar tabernas y figones y conquistar alguna que otra vez á fuerza de puños el mendrugo, que era la base de su alimentación. Por un error al que le indujo el mismo medio en que se hallaba, cayó en la cuenta de que los *guapos* vivían sin trabajar, validos de su fuerza, y pensó sentar plaza de valiente.

Un día que se hallaba en un tenducho del puerto, rodeado de gentes de mala catadura, que lo mismo podían ser discípulos de Monipodio que mendigos, Rafael echó de menos la vieja petaquilla que guardaba en un bolsillo de la mugrienta chaqueta.

Dejó transcurrir algún tiempo nuestro hombre, y cuando ya no quedaban en la tasca más que ocho sujetos, que eran los sospechosos para Rafael, éste miró en derredor, y juzgando la ocasión la más propicia para hacerse un buen cartel de bravo, ya que en el grupo de los desconocidos se alardeaba de *guapeza*, levantóse de la mesa adonde estaba, dirigióse á la de los otros, y encarándose con el que parecía ser el jefe de ellos, le dijo con sorna:

— Compadre, ¿me hace usted el favor de un cigarrito?

Aquello era una provocación por el tono y la intención con que la frase había sido dicha, y así fué como debió entenderlo el preguntado, porque en el acto se puso de pie; pero Rafael dió un paso atrás, y cerrando de un empujón la puerta del cuartucho, púsose delante de ella, y empuñando una faca de grandes dimensiones,



DIBUJO de A. Mucha

colocado en actitud resuelta de herir, dijo con voz amenazadora:

— ¡De aquí no sale nadie sin que antes parezca mi petaca!

El bravucón que se había levantado, lejos de negar que fuese conocedor del robo, dirigiéndose á uno de los que con él estaban, le dijo dándole un golpecito en la espalda con la palma de la mano:

— Dale á ése lo suyo.

El interpelado sacó la petaca y se la dió á Rafael; pero éste, en cuanto la cogió, observó el contenido.

á la provocativa orden de Rafael, frunciendo el ceño y arrugando su frente, que más parecía de cordobán que de piel humana; pero Rafael, dispuesto á no cejar en su actitud, apoyó sus palabras diciendo:

— Si no parecen, de aquí no sale nadie.

— Saldré yo, porque si no se encuentran..., murmuró el otro.

— ¡Sabré yo encontrarte el corazón!, rugió Rafael, y trató de herir al bravo, que de un salto se parapetó detrás de una mesa.

Los demás intervinieron entonces para apaciguarlos, se dieron la mano los dos valentones y á Rafael le devolvieron los pitillos. Había vencido.

Al siguiente día, el hecho se narraba por aquellas tertulias de matones y gentes maleantes; Rafael comenzaba á ser el *Tremendo*, y desde el Perchel á la Caleta respetábanle todos y admirábanle como á un héroe.

Desde entonces Rafael se hizo ya un guapo, y dispuesto á toda costa á no perder el puesto conquistado, decidióse á «cobrar el barato»,

buscando colocaciones de poco trabajo y seguros provechos.

Frecuentó garitos y chirlatas, y por perdonavidas tuvo cuanto necesitaba.

Los dueños de aquellos miserables establecimientos, con tal de que no les promoviese cuestiones, dábanle dinero y hacíanle regalos; los taberneros le convidaban hasta atracarle de vino, único modo de amansar á aquella fiera, narcotizándola con la modorra que produce el alcohol, y todos aquellos que vivían explotando el vicio tenían contento á Rafael para que no les «desacreditase» sus comercios.

Los débiles le buscaban para que les defendiese de las asechanzas de otros bravos, y algunas mujeres le hicieron objeto de su predilección.

Sus hazañas, aumentadas por la exaltada fantasía de aquellas gentes, dispuestas siempre á creer cierta la narración que de sus propias aventuras hacía Rafael, habíanle rodeado de una gran aureola de valiente.

Decíase que una vez, estando de caza, había reñido con tres guardas y había matado á dos cara á cara; que por una trampa que le hizo un amigo en el juego, le hizo en el rostro tres cortaduras por ser un tres la carta marcada; que una noche entró en un cortijo, y después de vencer á un aperador, cortóle una oreja para que éste no volviera á escuchar sus conversaciones; en fin, eran tantas las cosas que de él llegaron á decirse, que más parecía un ser legendario que un hombre real.

A Rafael ya no se le discutía; vivía del crédito de su fama y sin necesidad de pelear; el *Tremendo*, con sólo su presencia, imponíase siempre, siendo algo así como el *coco* con que se metía miedo á aquellos niños grandes que jugaban á los valientes y eran valerosos *de pega* que salían pegados muchas veces.

Por uno de aquellos negocios no muy limpios en que el *Tremendo* andaba mezclado, echóle mano la policía y le metió en la cárcel, de donde salió luego para cumplir condena en el presidio.

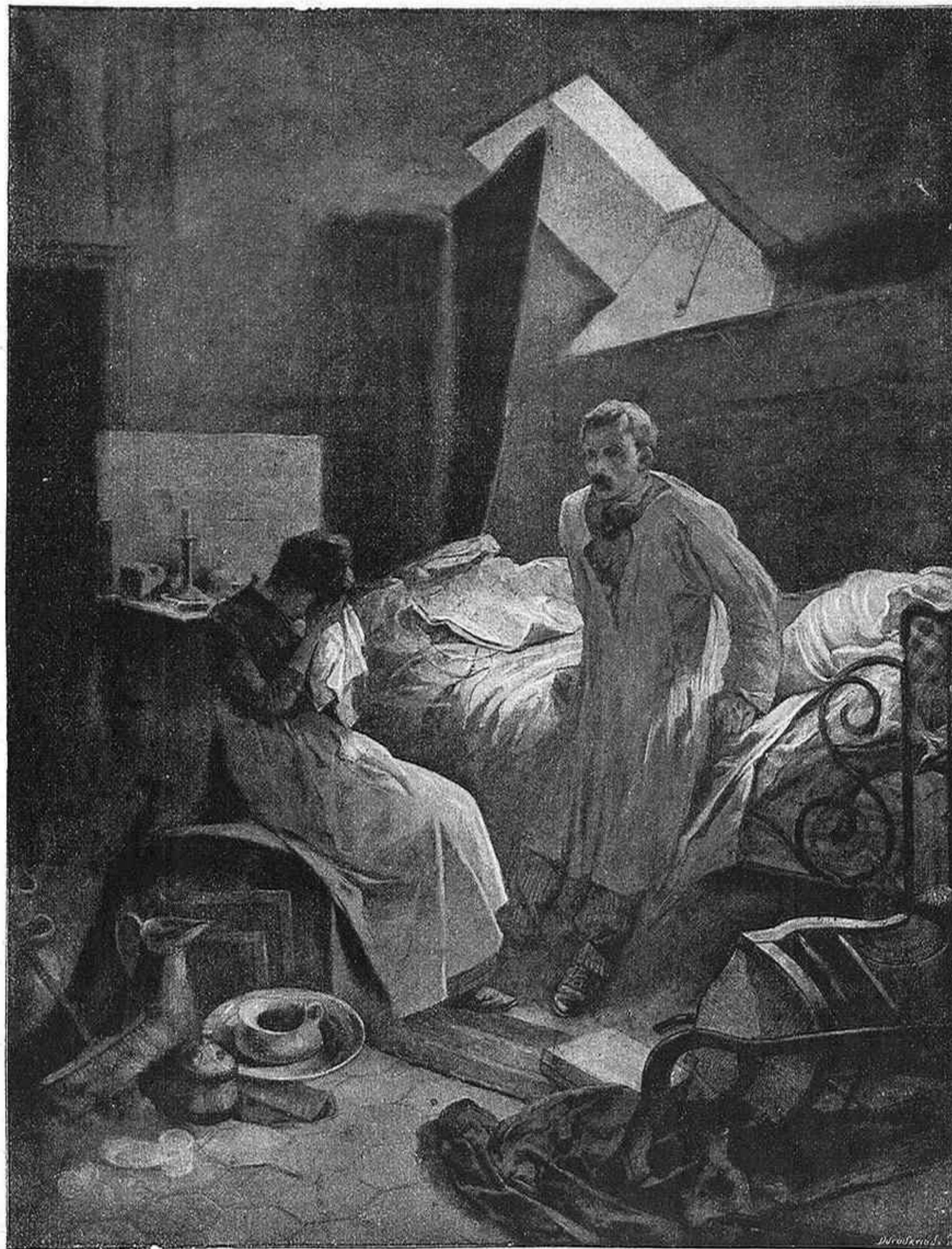
Era lo que le faltaba para completar su educación.

Allí también se las echó de valiente, pero tuvo que serlo por fuerza; no hubo otro remedio sino reñir, y un navajazo que costó la vida á otro buena pieza como él, le valió llegar á «rematado.» Pero no se sabe cómo se las arreglaría el *Tremendo*, que tras de unos doce años de reclusión quedó libre.

Cierto día, necesitando añadir nuevos triunfos á su historia y sin más propósito que el de renovar su cartel, entró en una taberna dispuesto á armar gresca.

Una mujer dió pronta ocasión para que Rafael lanzase un reto con aquellos altivos desplantes en él característicos.

— ¡Esta mujer es mía!, contestóle un jovencillo,



COMPOSICIÓN de A. Mucha

— Aquí faltan dos cigarrillos, dijo con una calma aterradora; ¡á buscarlos!

El que hacía cabeza de los otros pareció oponerse

raquítico capullo de donde brotaría la flor del presidio.

— ¡Infeliz!, gritaron todos los presentes al ver avanzar al *Tremendo*; pero el muchacho, más ágil que el coloso, no dejó que la manaza de Rafael le cayese encima y antes de que aquél le alcanzase derribólo en tierra de una puñalada.

Hoy han pasado ya bastantes años de esta historia; pero refiriéndomela ayer un paisano del *Tremendo*, me decía muy seriamente:

— Lo que no sabrá usted es que el matador de Rafael fué luego matón de oficio, y no temió jamás á nadie..., menos á su mujer, que le golpeaba sin cesar.

P. GÓMEZ CANDELA

LA MEJOR NARIZ DEL MUNDO

(CUENTO)

Narciso de Guevara y Alarcón es un joven muy conocido en esta villa y corte, tan famoso por su pulcritud, acicalamiento y elegancia, como por la viveza prodigiosa de su olfato. Jamás animal alguno le aventajó en la perfección de este sentido. El mundo científico califica á Guevara de caso extraordinario y sin precedente en los anales de la *rinología*.

Sale mi hombre á la calle, y apenas toma el viento dice, por ejemplo: «No me conviene volver esta esquina: tropezaría con un acreedor... ¡Calle! Por ese lado olfateo al amigo X; voy á darle un sablazo... Se aproxima sin duda un cura ó un sacristán; me ha dado el incienso en la nariz... ¡Qué fuerte olor á pólvora! Vendrá tropa del ejercicio... Aquel pelotón de gente que apenas se divisa será seguramente de bomberos que regresan de un fuego: huelo á quemado.»

Llama á la puerta de un amigo. El criado dice que no está en casa. «¡Cómo que no está, exclama Narciso, si lo estoy oliendo!»

Una vez fué de caza, y como la rastrea mejor que un perro, dijo á su compañero de escopeta:

— Por allí anda una liebre coja.

— ¿La has visto?

— ¿Cómo he de verla si está detrás de aquel matorrall?

— ¿Entonces cómo sabes que es coja?

— ¡Toma!, porque no huelo más que tres pies.

Asistía una noche á la Opera. Todo el mundo aplaudía á rabiarse á la triple, la cual cantaba como un ángel; pero Guevara no podía resistirla: desde la butaca percibía el olor al corcho quemado con que la artista se pintó ojos y cejas.

¿Qué pensará el lector cuando le diga que este hombre sin igual entre los nacidos y por nacer hasta distingue por el olfato los colores?

Una noche en una tertulia, después de olfatear á una señorita, exclamó: «Lleva corsé azul celeste, medias negras y ligas de color de castaña.»

* *

Sujeto tan singular, con la mejor nariz del mundo, estaba predestinado á enamorarse perdidamente de una perfumista. La cual tiene por nombre Juanita y es una muchacha de pelo rubio, ojos claros y serenos, tez sonrosada, cara redonda, labios rojos, no de coral, como dirían los poetas, sino de flexible carne, en donde retoza casi siempre la risa; el cuerpo no muy alto y bien proporcionado, el talle airoso y tan llena de gracia como fresca y guapa. Gusta de la ajena admiración, cosa natural en las mujeres, pero con exceso, y el incentivo de la vanidad, no exenta de malicia, ha hecho de ella el prototipo de la coqueta.

Incapaz de pasiones violentas, de temperamento frío y de carácter superficial, correspondió al amor de Guevara y hasta cierto punto se prendó de él, más que por sus cualidades físicas y morales por su elegancia en el vestir y sobre todo por las corbatas de la futura moda, y los trajes de los figurines recién llegados de París, que al común de las gentes parecían extravagantes; porque á las caprichosas invenciones de la indumentaria les pasa una cosa, y es que se nos antojan tan ridículas las primeras como las pasadas.

Harto Narciso de oler á la humanidad en plazas y calles y de las emanaciones de una gran población, nada gratas á un olfato archiprivilegiado, se acogía á la tienda *La Fragancia* que regentaba Juanita bajo la égida paternal de D. Gregorio.

La niña solía ponerse detrás del mostrador, y su novio, con el codo en él y la mano en la mejilla, procuraba hablarla cuando tenía ocasión, á hurtadillas del padre.

En esta postura medió entre ambos una tarde el siguiente diálogo:

— ¿Me amas?, preguntó Guevara.

— ¿Lo dudas?, dijo Juanita.

— Sí, lo dudo, lo dudo, porque aquí percibo el mismo olor á milicia que ayer.

— Un parroquiano...

— ¡Un parroquiano! ¡El de antes!

— Sí, un teniente.

— Hasta sé el arma. Huelo á oficial de caballería.

— En efecto, de húsares.

— Y huelo el caballo que monta.

— ¿Qué caballo?

— Un caballo entero.

— Y además...

— Además huelo el color bayo.

— ¿Y el jinete?

— Me huele á moreno.

— Cierto.

— Pero ¿por qué viene aquí con frecuencia?

— Ayer compró un pomito de sales para su madre.

— ¿Y hoy?

— Una pastilla de jabón.

— A ver si ha dejado el rastro. En efecto, huelo á príncipe del Congo.

— ¿Lo ves, tontín?

— Siempre temo que me engañes.

— ¿Engañarte yo?

— Tengo celos.

— Infundados.

— Hasta del aire que respiras, de los perfumes que embalsaman este ambiente, de mí mismo, porque á veces me parece que olfateo las emanaciones de tu corazón...

— No seas loco. Ya sabes que yo sólo amo á esa personita.

— Repíttemelo.

— ¡No te lo he dicho cien veces!

— ¿Cuánto me amas?

— Más que á un collar de perlas.

— ¡Oh, bien mío! ¡Idolo de mi alma, pues yo te quiero más que á la esencia de rosas!..

— ¡Esencia de rosas!, exclamó D. Gregorio saliendo de la trastienda, donde acababa de dormir la siesta. ¿Sabe usted, caballero, lo que cuesta un kilo? Más de dos mil francos, y añada el cambio y verá si robamos, como dice la gente que no sabe distinguir la verdad de la mentira: lo legítimo de lo imitado. Ya se ve, como hay tantos fabricantes de perfumes que con un poco de almizcle, y malo, lo arreglan todo y engañan al público ignorante; pero usted no es de éstos, porque conoce como nadie el verdadero mérito de la perfumería y el valor del género. Narices como las de usted hacen falta en España. Si hubiera muchas, algo mejor andarían la industria y el comercio de buena fe.

Pero D. Gregorio, aunque admiraba el olfato de Narciso, no quería semejante yerno.

Guevara se sentó en una silla y el perfumista hizo un gesto de mal humor.

— ¿Cómo echaré á ese moscón?, decía para sí, ¿qué medio hay para obligarle á salir de la tienda?..

¡Ah, ya le tengo! Mejor que las Pastillas del Serrallo. Un olfato como el suyo no lo resiste.

Y poniendo en obra su pensamiento, encendió una tagarrina del estanco...

* *

Al fin y á la postre D. Gregorio no se opuso á la boda de su hija con Narciso, porque se fué de este mundo, dejando á Juanita dueña de su albedrío, amén de un dote nada despreciable con la acreditada perfumería *La Fragancia*.

Y el idilio del mostrador acabó de una manera prosaica y vulgar: Narciso y Juanita fueron marido y mujer.

El primero era feliz aspirando á todas horas los delicados artículos de la tienda, de los cuales hacía gran consumo; pero al año del matrimonio comenzaron á asaltarle terribles celos.

— ¿Has visto al teniente de húsares?, preguntó una noche á su mujer.

— ¿Qué teniente?, preguntó á su vez Juanita.

— El de marras.

— Sí; aquí estuvo ayer.

— Ya lo había olido.

— ¿Y qué?

— Que ese hombre no sólo ha estado en la tienda, sino también en nuestro cuarto. La nariz no me engaña.

— Pues, hijo, esta vez te ha engañado; lo que debiste oler fué el soldado de artillería que corteja á la cocinera.

— ¡Tienes razón!, exclamó Narciso; perdóname estos celos, hijos del mucho amor que te tengo. No

sabes el peso que me has quitado de encima. Vamos; á cerrar la tienda y á recogernos.

Y dicho y hecho, subieron al entresuelo, donde tenían la habitación; pero apenas entraron en ella, Narciso comenzó á olfatearlo todo y se quedó aterrado: no percibía más que olor á caballo y no á mula; luego no era el soldado de artillería quien había estado allí, sino el oficial de húsares.

— ¿Qué te pasa?, preguntó Juanita.

— Qué me ha de pasar, contestó Guevara, que el militar que estuvo aquí no me huele bien.

Aquella noche Narciso se acostó abrumado por tristes presentimientos, y cuando logró dormirse, después de largo insomnio, tuvo la más terrible de las pesadillas: soñó que su mujer despedía de sí fuerte olor á húsar.

* *

No ha muchos días, estando Guevara tomando el viento delante del café Suizo, advirtió la presencia de un amigo en la Puerta del Sol. Se puso á seguir el rastro, y dando con aquél en la Red de San Luis le pidió un duro prestado.

— ¿Tan mal andas?, le preguntó el agredido.

— No te lo puedes figurar, contestó el postulante.

— ¿Y Juanita?

— No me hables de ella. Vaya con cien mil de á caballo.

— ¿Pero qué has hecho del dote que llevó tu mujer?

— ¡Chico, francamente, me lo he olido!

NILO MARÍA FABRA

EXPROPIACIÓN

— Eso del ferrocarril es para quien es; pero lo que toca á los pobres, créame usted que es una ruina y nada más.

— ¡Pero hombre, que habéis de ser siempre desagradecidos! ¿Después que el diputado os consigue una vía férrea os quejáis? ¿Qué más queráis? ¿Dos? — Ninguna y saldríamos ganando. ¿Sabe usted para qué sirve eso? Para matar el comercio y la industria de las caballerías y todo.

— ¡Qué animales semos, Roque, y tú principalmente! ¿Conque sus facilitan los medios de traspasación para fuera y para el extranjero, y sus perjudican?

— Ya tiene usted muerta la arriería en cuanto que eso se haga, y las posadas y todo.

— ¡Dale! Sé civil, si puedes, aunque sea por un momento nada más. ¿Negarás el adelanto de la velocidad, de marchar sin caballerías visibles y sin tropezarse con nadie?

— Lo que es eso, poco á poco, que ya chocan algunas veces. Y á bien que si á usted, en la medición, le pillaran un campo y una casa por *meté*, que no le parecería tan bueno lo del ferrocarril.

— ¡A buena parte vas! Ya quisiera yo que me hubieran «desapropiado» un terreno; porque pagan más de lo que vale y andando un poco listo, más.

— A usted, porque malo ó bueno, como suele decirse, usted es el alcalde.

— Pues es una manera de decir muy insolente.

— Ya digo que no es más que un decir. Si fuera yo el alcalde, valiente caso haría de las mensuras de esos tíos ni de las banderolas ni de las estaquillas.

— ¿Ves tú el telégrafo? Pues también te parecerá perjudicial.

— Y lo es. ¿Para qué sirven esos palos y esos alambres? Para atraer los nublaos ó para espantarlos, según, pero siempre perjudicando al pobre. Para traer malas noticias en seguida y nada más.

— ¿Y la luz por el manetismo eléctrico de Bengala? ¡Tú que sabes! No has visto nada en el mundo.

El tío Roque no se convencía.

El alcalde, como persona ilustrada — según él — aunque no ejercía, pugnaba por civilizar á sus *dinos* administrados y súbditos.

Pero váyanle ustedes á convencer á un hombre como el tío Roque, cuyos únicos libros de texto eran los aperos y los bueyes y cuyos ideales no iban más allá de su casa y su mujer y su hija María Rosa, que eran muy guapas, y en particular la hija, como más joven, tenía más atractivos.

La mensura del camino de hierro, como decía el tío Roque, le partía el campo que poseía y la casita que en fuerza de trabajo y economías había logrado adquirir.

¿Quién pudiera hablarle en elogio del trazado, ni menos convencerle de la necesidad ni aun de la conveniencia de abrir aquella vía?

Y para colmo de impertinencias, observó que á un ingeniero joven le había dado por rondar la casa del

tío Roque ó así le parecía, por lo menos, al receloso labrador.

Un día armó conversación con el ingeniero, á quien encontró replanteando la línea de las proximidades del pueblo para emprender las obras inmediatamente.

— ¿Usted será inglés, por supuesto, ú francés ú moro?, le preguntó con saña y menosprecio «mal comprimidos.»

— No, señor, respondió el interpelado. ¿Por qué? Soy tan español como usted.

El tío Roque le miró con asombro y se quedó como alelado.

— ¿Un español puro meterse á eso? ¡Seguir una carrera tan... exótica!

El no lo formulaba así, precisamente; pero era lo que pensaba.

— Español y de pueblo no muy lejano de éste.

— ¿De veras? Hay gustos raros y de cada vez más.

— ¿Por qué dice usted eso? ¿Por haber nacido en esta tierra?, preguntó riendo el ingeniero.

— Por estudiar esa profesión ú lo que sea, que no es española ni buena.

— Muchas gracias.

— No hay por qué.

— ¡Y yo que intentaba pedir á usted un favor!..

— Nada tiene que ver. Usted dirá.

— ¿Tiene usted una casita á la salida del pueblo?

— A la salida ú á la entrada, según por donde se venga ú por donde se vaya. Tengo una casita, sí; señor, que usted se ha propuesto echar abajo.

— ¿Con todo?

— ¿Cómo con todo?

— Con la tierra y el ganao y...

— ¿Y la familia?

— ¡Eh!, poco á poco.

Entiendo: usted quiere comprarme la casa para especular.

— No, señor; por conservar-la cuidadosamente. Esa casa tiene para mí valor extraordinario.

— Pues eso: la expropian y usted saca seis ó siete veces lo que me da á mí; pero yo no la vendo, y ahora que me dice usted que no la echan abajo, menos. Digo, no sé si será verdad.

— Le doy á usted mi palabra de salvar la casa; para ello no necesitaré esfuerzo alguno; se salva por su situación ella sola.

— ¿Y por qué tiene la casa tanto interés para usted?

— Porque es la casa donde he nacido; ya lo sabe usted.

— ¡Ya! ¿Luego usted es el hijo único de la señora Coronela, como le nombramos aquí? ¿Doña Eugenia, viuda de D. Simón el coronel?..

— El mismo.

— Eso es otra cosa.

— ¿Otra cosa?

— Sí, que ya se puede tratar con usted, aunque sea ingeniero de esos.

Conque Emilio, el hijo único de la viuda, á quien



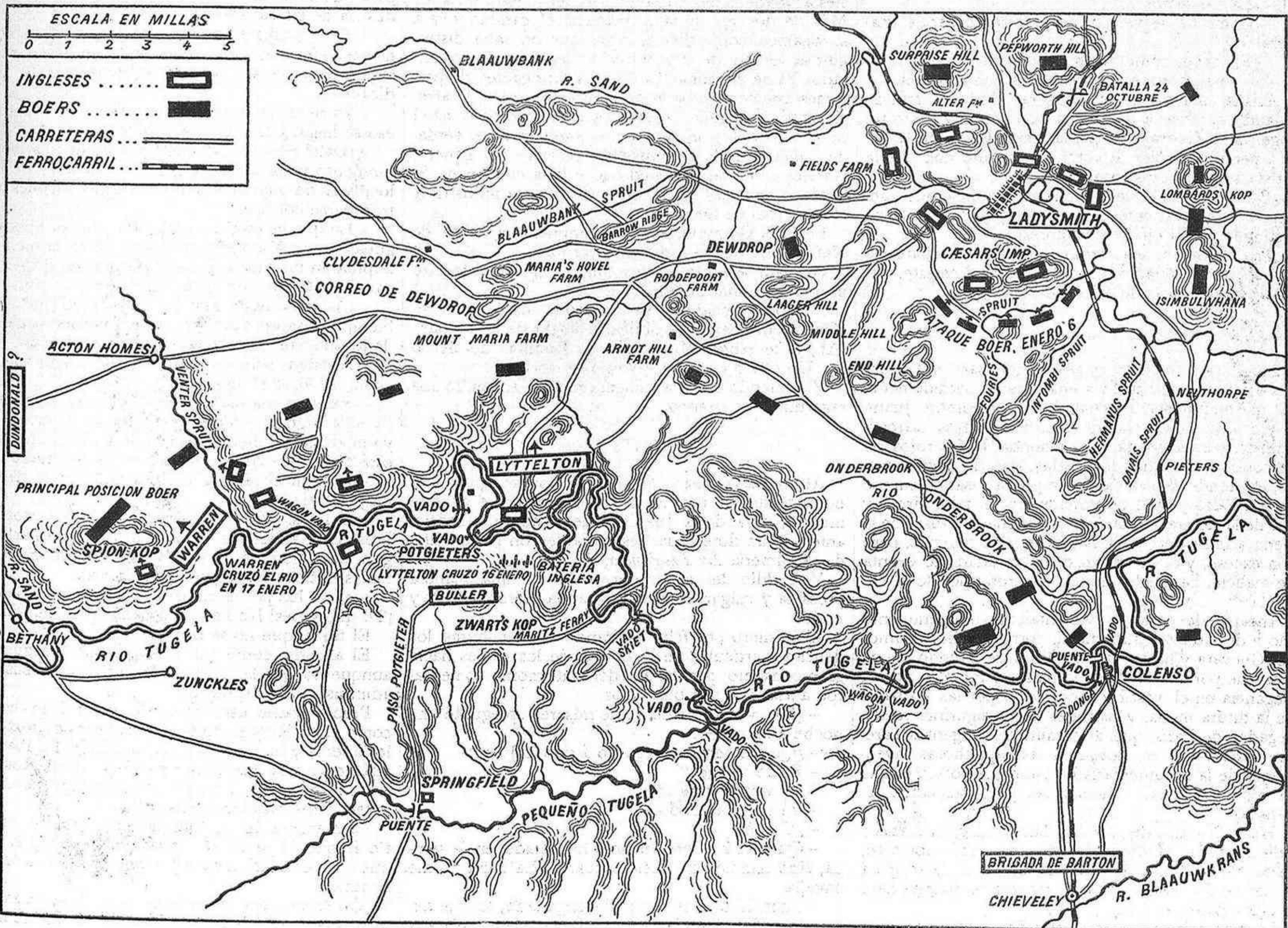
MUELLE DE PESCADORES, cuadro de Onofre Garí Torrent

— No lo crea usted.

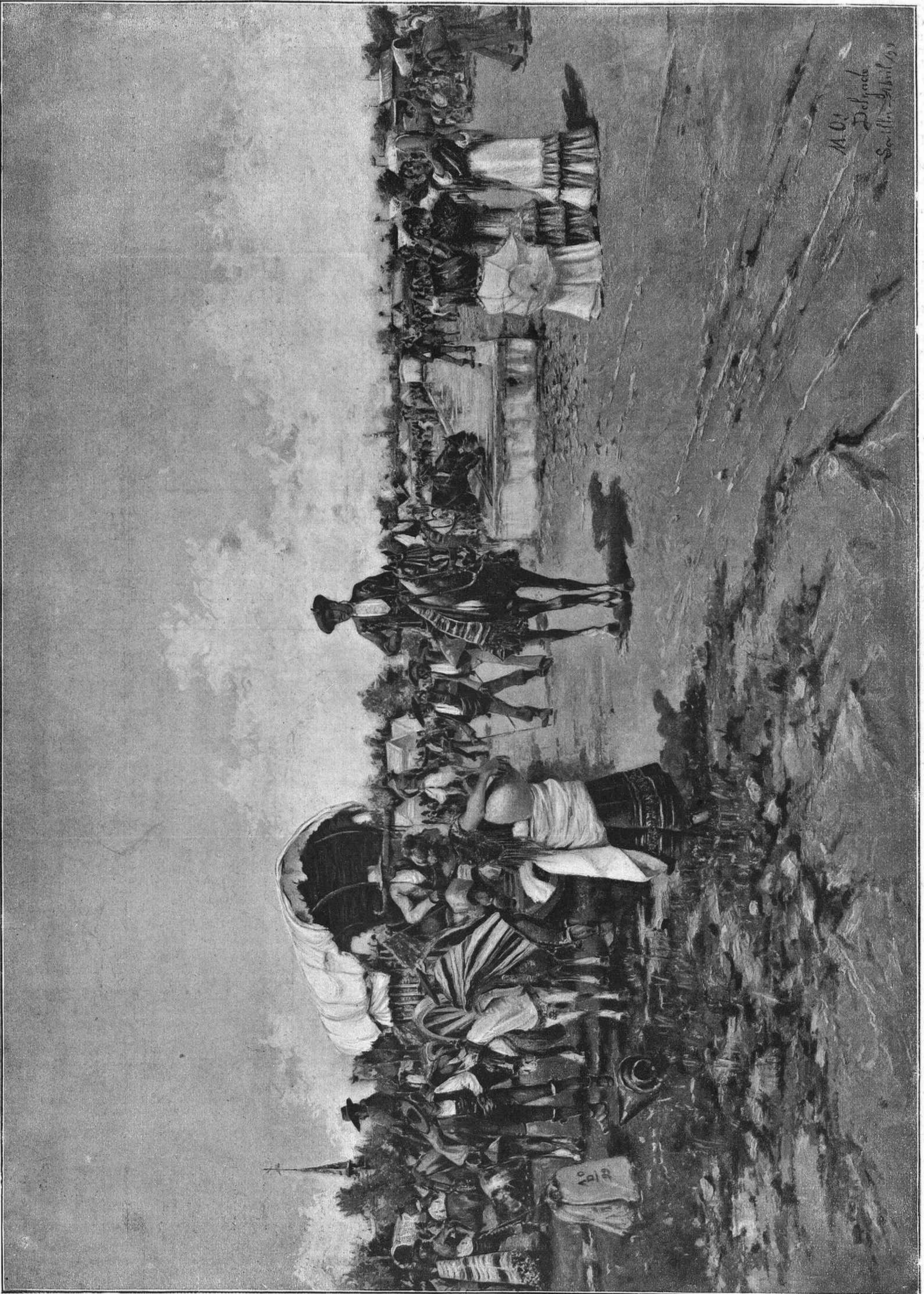
— ¿Que no lo crea? ¿No he visto yo las mediciones?

— No, y en prueba de lo que le digo, le propongo

comprársela.



GUERRA ANGLO-BOER. - MAPA DE LA REGIÓN AL OESTE DE LADYSMITH, EN DONDE SE HAN DESARROLLADO LAS ÚLTIMAS OPERACIONES DEL EJÉRCITO DEL GENERAL BULLER



M. Obiois Delgado
San Ildefonso - Abril 1909

EN LA FERIA, cuadro de M. Obiois Delgado

BIENHEITEN
BIBLIOTHEK
MANNHEIM



FRAUNHOFER EXPLICANDO A SUS AMIGOS EL ESPECTRÓMETRO, cuadro de R. Wimmer

había comprado aquella casa y aquellas tierras cuando se trasladó la señora á Madrid, fué autorizado para visitar la casa, pero con ciertas restricciones en horas y en habitaciones.

Y daba la pícara casualidad de que en la alcoba actual de María Rosa fué donde él nació, y allí tuvo su cuna, donde la muchacha su lecho.

Emilio no dejaba la ida por la venida.

Toda la casa llena de recuerdos.

—Aquí me despedí de mi pobre padre cuando partió para campaña; aquí tenía mi madre su tocador. El tío Roque era muy franco y su familia también. Y Emilio también.

No suele dar buenos resultados el exceso de franqueza.

El joven llegó hasta el abuso de obligar al tío Roque á deshacer algunas reformas que había realizado en la casa y á restaurarla á su anterior estado.

—Eso ya es abusar, decía Roque. El día menos pensado le planto en la calle.

Pero no contaba con la huésped

Y la huésped era María Rosa.

María Rosa, que era una mujer hermosísima y angelical.

Y que enamoró al ingeniero y se enamoró de él al mismo tiempo.

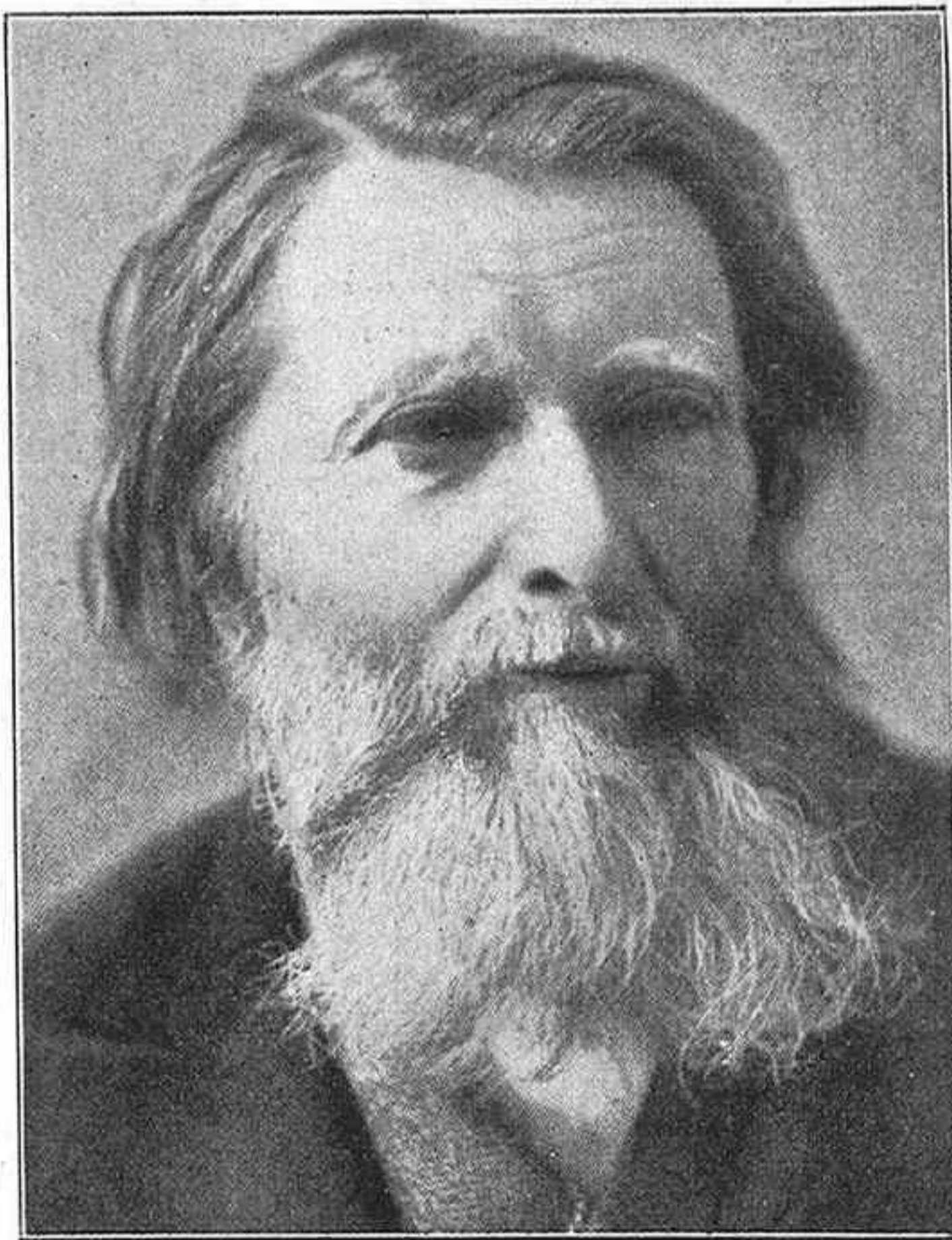
No anduvieron muy pesados en el asunto; que tres meses después de empezar á tratarse, María Rosa era la señora ingeniera.

—Me hubiera gustado más que fuera «la médica» ó «la boticaria;» pero en fin, paciencia. Ya decía yo que éste me había de expropiar algo: lo que más vale, precisamente.

EDUARDO DE PALACIO

NUESTROS GRABADOS

Juan Ruskin.—A la edad de ochenta y un años ha muerto en Coniston el ilustre crítico y profundo pensador inglés Juan Ruskin. Había nacido en Londres y desde muy niño demostró grandes aficiones artísticas, que fomentó su madre, apa-



JUAN RUSKIN, ilustre crítico de Bellas Artes inglés, fallecido en Coniston (condado de Lancáster, Inglaterra) en 20 de enero de 1900

sionada de las Bellas Artes, emprendiendo con él largos viajes por Europa, en cuyos museos empezó la educación artística del adolescente. Quiso éste, en los primeros años de su juventud, seguir la carrera eclesiástica, y al efecto comenzó sus estudios en la Universidad de Oxford; pero de improviso cambió de pensamiento y se dedicó al estudio de las Bellas Artes bajo la dirección de Fielding y Harding, alcanzando en 1842 el título de *bachelor of arts* y publicando su primera obra *Modern painters*, que causó una revolución en el mundo artístico por la novedad y atrevimiento de sus teorías en defensa del pintor inglés Turner, cuyo talento permanecía desconocido, y produjo una transformación completa de la crítica de arte en la Gran Bretaña. Posteriormente, hasta 1860, escribió sus célebres obras *The Seven Lamps of Architecture*, *The Stones of Venice*, *Giotto and its works in Padua* y otras no menos importantes que evidenciaban los múltiples talentos de su asombrosa inteligencia. En 1851 había trabado amistad con Hunt, Millais y Dante Gabriel Rossetti, con quienes fundó el Prerrafaelismo, que defendió con elocuencia y vigor maravillosos en una serie de artículos publicados en aquel mismo año en el *Times*. Además de las citadas, dejó escritas otras muchas obras, entre las que mencionaremos *On the nature of Gothic architecture*, *Lectures on architecture and painting*, *The elements of perspective*, *Munera Pulveris*, *Sesame and Lilies*, *Crown of Wild Olive* y *Fors Clavigera*, que extendieron por toda Europa sus teorías sobre estética y arte. Fué por tres veces designado para desempeñar la cátedra de Bellas Artes de la Universidad de Oxford. Ul-

tamente habíase retirado de la vida activa, sin por esto dejar de colaborar en los principales periódicos y revistas. Ruskin no era solamente un crítico de primer orden, sino, además, un reformador y un apóstol: convencido de que el hombre sólo debe vivir de su trabajo, distribuyó entre parientes pobres y establecimientos de beneficencia una fortuna personal de más de cuatro millones de francos que le dejara su padre. Para estudiar más de cerca las condiciones del trabajo manual más duro y menos retribuido, llegó á barrer las calles y á partir piedra en las carreteras.

A pesar de los graves sucesos que preocupan á Inglaterra, el fallecimiento de Ruskin ha causado allí emoción profundísima, habiéndole dedicado todos los periódicos largos y sentidos artículos y siendo considerada su muerte como una desgracia nacional.

Guzmán el Bueno, estatua de Aniceto Marinas, fundida en bronce en los talleres de Masriera y Campins. — Varias veces, con motivo de reproducir en las páginas de esta Revista algunas obras del distinguido escultor Aniceto Marinas, hemos emitido las apreciaciones lisonjeras que nos merece tan laborioso artista. Esta circunstancia y la de ser sobradamente conocido nos obliga hoy á no dedicar al laureado escultor nuevos testimonios de consideración, que al fin sería repetir lo que ya hemos consignado. De ahí, pues, que nos limitemos á ensalzar su última producción, la hermosa estatua de Guzmán el Bueno, el héroe de Tarifa, el legendario prototipo de la lealtad española, destinada á coronar el monumento que ha de erigirse en León. La figura del caudillo preséntase severa, rebosando la nobleza de ánimo que constituye la característica del personaje. La ejecución es grandiosa, cual corresponde al concepto, y la totalidad de la obra, que mide más de tres metros, honra á su autor y á los Sres. Masriera y Campins, que han tenido que vencer grandes dificultades para la fundición.



GUZMÁN EL BUENO, estatua de Aniceto Marinas, fundida en bronce en los talleres de Masriera y Campins

Muelle de pescadores, cuadro de Onofre Garí Torrent (Exposición del Círculo Artístico). — Las costumbres, escenas y tipos de las gentes de mar de nuestras costas han tenido para el discreto pintor catalán Sr. Garí Torrent singular atractivo, y á su estudio se ha dedicado siempre con plausible resultado, significándose ventajosamente en este género de pintura para el que tan complejas aptitudes son precisas, alcanzando notoriedad, aplausos y merecidas recompensas. Entusiasta por el arte, que cultiva con aprovechamiento, y laborioso y exigente consigo mismo, cada nueva producción revela un progreso, un visible adelanto. Muestra de ello es el bonito lienzo que damos á conocer á nuestros lectores, trasunto del cuadro que ofrece la playa llamada de pescadores, junto á la Capitanía del Puerto de nuestra ciudad, precisamente en el momento de mayor animación, cual es aquel en que regresan las barcas de pesca. El cuadro del Sr. Garí es uno de los que figuraron en la Exposición organizada por el Círculo Artístico.

En la feria, cuadro de M. Obiols Delgado. — Esta obra del distinguido pintor catalán nos transporta á una de esas ferias andaluzas que tanto renombre han adquirido y al frente de las cuales debe colocarse sin vacilar la tan famosa de Sevilla. El cuadro que nos ocupa tiene toda la luz, todo el ambiente, todo el carácter de aquel cielo, de aquel paisaje y de aquellas fiestas que hacen de Andalucía una región privilegiada, objeto de la admiración de cuantos extranjeros la visitan. La composición del Sr. Obiols Delgado está perfectamente entendida: las numerosas figuras que en ella entran aparecen colocadas sin la más pequeña confusión; las tiendas del fondo dan idea acabada del real de la feria, y el dibujo, por su corrección, y el color, por sus entonaciones vigorosas, completan el bellissimo efecto del lienzo.

Fraunhofer explicando á sus amigos el espectrómetro, cuadro de R. Wimmer. — Fué José de Fraunhofer un eminente óptico alemán que nació en Stranbing (Baviera) en 6 de marzo de 1787 y murió en 7 de junio de 1826. Hijo de una familia pobre y huérfano á la edad de catorce años, hubo de entrar en una fábrica de espejos para ganarse la subsistencia; pero su afición al estudio le impulsó á instruirse especialmente en matemáticas, y robando horas al descanso y á fuerza de privaciones y sacrificios llegó á verse dueño de la misma fábrica en que había entrado como obrero. Fraunhofer resolvió importantes problemas de óptica, ideó nuevos procedimientos para la construcción de objetivos acromáticos, realizó notables estudios acerca del espectro é inventó ó perfeccionó el heliómetro, el micrómetro, el microscopio acromático, el micrómetro anular, el microscopio paraláctico y otros instrumentos. El celebrado pintor alemán Wimmer nos presenta, en su interesante cuadro, al ilustre sabio ejecutando delante de sus amigos algunos experimentos con el espectrómetro.

Guerra anglo-boer. — Cuando mayor era el entusiasmo producido en Inglaterra por la noticia de que las tropas de Buller se habían apoderado de Spionskop, un despacho del referido general anunciaba que en la noche del 24 habían logrado los boers recuperar aquella posición, que había sido calificada de importantísima y considerada como llave del camino de Ladysmith. Se comprenderá fácilmente la sensación profunda que causó esta derrota, tanto más cuanto que todo hacía suponer que el abandono de Spionskop y la retirada de los ingleses habían revestido las proporciones de un inmenso desastre. Y así ha resultado en efecto, como lo demuestra el hecho de que las tropas de Buller hayan tenido que repasar el Tugela, encontrándose hoy en las mismas posiciones que ocupaban antes del movimiento de avance que les ha costado pérdidas enormes. Pocas noticias concretas se tienen de estas pérdidas, pues el *War Office* se muestra en este punto en extremo reservado: positivamente sólo se sabe por declaración oficial que las sufridas por la brigada Littleton desde el 17 al 25 han sido 57 muertos, 579 heridos y 60 desaparecidos; en cuanto á las de la división de Warren en la jornada del 24, mientras un despacho de origen boer dice que el enemigo dejó en el campo de batalla 1.500 cadáveres, el parte oficial consigna que los

ingleses tuvieron 139 muertos, 392 heridos y 59 desaparecidos: entre los muertos hay 22 oficiales, 20 entre los heridos, entre ellos el general Woodgate, un coronel y dos comandantes, y entre los desaparecidos seis. Según parece, los ingleses perdieron además 17 cañones. Por lo que se refiere á las de la brigada Dundonald, que formaba la extrema izquierda, nada se sabe todavía.

Esta última derrota se presta á muchas consideraciones que no hemos de hacer dada la índole de esta sección: únicamente diremos que aun á los menos entendidos en materia de táctica y estrategia ha de extrañar esa facilidad con que los generales ingleses se han dejado engañar por los boers cada vez, y son ya varias, que éstos han querido atraerles á una emboscada. ¿No debió de hacerse sospechosa al general Buller la escasa ó ninguna resistencia del enemigo al paso del Tugela de sus tropas é impedimento, cuando la operación del paso de un río se reputa como una de las más difíciles en la guerra? ¿Y no debieron aumentar sus sospechas al ver con cuán pocas dificultades se apoderaron sus soldados de la posición de Spionskop, considerada de excepcional importancia?

Después del fracaso de estas últimas operaciones la prensa inglesa ha dirigido acerbas censuras al ministerio de la Guerra y unánimemente pide que se envíen en seguida al Africa del Sur grandes refuerzos: algunos, como el *Times*, dicen que es necesario enviar allí cien mil hombres.

El doctor Leyds, representante del Transvaal en Europa, ha asistido, en Berlín, á la recepción celebrada en palacio con motivo del aniversario del natalicio del emperador. Interrogado por un periodista de aquella capital, ha hecho las siguientes manifestaciones: «No hay razón alguna para que tengamos que pedir la intervención de las potencias, porque las cosas marchan perfectamente para nosotros. En cuanto á las condiciones de la paz, sólo puedo expresar mi opinión personal, y esta es que Inglaterra se verá obligada á devolver á los boers una buena parte de los territorios que en otro tiempo les arrebató, y habrá de garantizar, además, que ningún daño ocasionará á los hermanos de raza boer que han abrazado nuestra causa. Por lo que hace á la independencia absoluta de las dos repúblicas, sería perder el tiempo abrigar la menor duda sobre este particular.» Hablando de Ladysmith, Kimberley y Mafeking, dijo que son prisiones en donde los ingleses se ven obligados á consumir sus propios recursos.

En el mensaje de la Corona leído el día 30 del próximo pasado al inaugurarse el Parlamento, el gobierno inglés pide un crédito de veinte millones de libras esterlinas para gastos de guerra.

EL OBSTACULO

NOVELA POR MAD. DANIELA D'ARTHEZ. — ILUSTRACIONES DE MARCHETTI

(CONTINUACIÓN)

El joven se levantó de la mesa casi en seguida, y fué Lucy quien hizo los honores, emprendiéndola con Mad. Charmón y entreteniéndose en exasperar á aquella señora con el recuerdo de las funciones modestas y casi serviles que había desempeñado en Inglaterra en casa de señoras de alto rango que eran amigas de la joven.

Se necesita una diversión. Este pensamiento se les ocurrió al mismo tiempo á Lucy y á Roberto. La situación estaba tan tirante hacía unos cuantos días, que podía comprometer la tranquilidad de aquella familia, á causa principalmente de Madame Charmón, cuya introducción en la casa había abierto las hostilidades de réplica en réplica, de incidente en incidente, se había llegado á tan penoso estado de cosas.

Desde la arenga de su suegra, en la que puso á los Le Clercq sobre un pedestal de trescientos años de virtudes y de riquezas burguesas, había cambiado bastante María Mad. Toda su animación, su alegría juvenil, su agrado, habían desaparecido. Seguía siendo atenta y cortés: tenía la actitud correcta de la persona que está de visita en una casa desconocida; su sonrisa era amable y forzada. Contestaba á su suegra con el tono que suele usarse para informarse de la salud de amigos que nos son indiferentes.

Lucy, que la observaba, pensó:

— Estamos en la fase que precede á la gran crisis. Maud se atiene á sus principios de buena educación para poder soporitar á la vieja. Pero uno no puede pasar su vida íntima en ser correcta. ¿No lo notará Roberto Le Clercq?

Aún no tenía con él relaciones bastante íntimas para interrogarle acerca de este punto. Roberto conocía que se necesitaba un derivativo, pero juzgaba el estado de ánimo de María Magdalena menos bien de lo que podía hacerlo Lucy, que la conocía mejor.

Roberto amaba verdaderamente á su mujer; pero apenas se confiaba en ella, porque tenía una de esas naturalezas reservadas que requieren años para llegar á conocerlas íntimamente; juzgando por sí mismo, le parecía natural la reserva de María Mad, cuyo carácter era sin embargo expansivo cuando se sentía en confianza. No se extrañaba de que le hablara poco de sí misma, de sus sentimientos, de sus gustos; sabía de ella lo que podían saber los indiferentes; su vida á la vista de todos, pero nada de su alma ni de su corazón. Su propia tibieza había alejado hasta entonces toda expansión mutua. Además las circunstancias de su vida común distaban mucho de favorecer semejante intimidad. La presencia inevitable de un tercero era un obstáculo invencible para toda expansión afectuosa. Muy pocas veces podían estar solos.

Y Roberto, satisfecho de la clase de cariño que profesaba á María Mad y convencido de que ella le correspondía del mismo modo, no pensaba en desear más. La consideraba como una niña muy sencilla y risueña; la superficie graciosa de aquel carácter le

satisfacía. No sospechaba ni voluntad, ni energía, ni orgullo de mujer bajo aquella apariencia amable, animada, sumamente seductora, resultado de un natural

Hacia ocho días que estaba en Montpazier. El tiempo habría transcurrido agradablemente en otras circunstancias. Quería á Maud y Roberto le gustaba.

También le gustaba aquella pequeña subprefectura normanda, con sus tipos de buenas gentes, algunos de ellos maniáticos ó simplemente raros, que se destacaban sobre el modelo común. Pero hacía ya algunos días que hablaba de su marcha; porque tenía horror á las situaciones espinosas en las cuales se encuentra uno tan metido que cada movimiento produce una herida. Cogida en semejante aviso, no habría obrado como María Magdalena. Provoando una explicación franca, habría establecido sencillamente sus derechos y rogado á su marido que buscara una casa tan modesta como hubiera querido, pero donde hubiesen gozado de su completa libertad y tuvieran el derecho de decir: «Estamos en nuestra casa.»

Maud no tenía la firmeza necesaria para obrar de este modo; jamás se atrevería á hablar de ello; si ocurría una excisión, sería sin grandes frases por su parte; se retiraría sin ruido por horror á las discusiones.

Para evitar en lo posible que se llegara á este extremo, Lucy, al anunciar su marcha, instó á Roberto y á María Magdalena para que la acompañaran á Bretaña.

Esta proposición de viaje fué aceptada con entusiasmo. María Magdalena sintió en seguida la alegría del colegial el primer día de vacaciones; Roberto comprendió la inten-

ción de miss Hartley y se persuadió de que una corta ausencia arreglaría las cosas. A su regreso, Mad. Charmón, causa principal de su malestar, habría desaparecido.

Mad. Le Clercq los vió partir con extraño sentimiento, mezclado de satisfacción y de despecho. Tenía intuición de lo que pasaba, y sin analizar bien sus pensamientos, temía que Lucy Hartley aprovechara la libertad del viaje para inculcar ideas de independencia á María Magdalena é influir en el ánimo de Roberto.

Quizás también mediaban celos maternos, aunque algo confusos: por vez primera desde su casamiento su hijo iba á encontrarse enteramente solo con su mujer. En estos pocos días ella podía adquirir un imperio absoluto sobre él. Mad. Le Clercq no descomponía cada uno de estos pensamientos; toda esta psicología obscura era superior á ella. Padecía; estaba segura de querer tiernamente á su nuera y de haber recibido en cambio pruebas de ingratitud ó por lo menos de impaciencia contra su autoridad. Era verdaderamente desgraciada...

Hicieron el viaje más delicioso, deteniéndose donde les parecía, explorando antiguas aldeas silenciosas ó visitando magníficas catedrales y templos de granito esculpido como marfil japonés y ruinas de



Haciendo que la ayudara para pasar los setos y las zanjas

feliz, cultivado por una educación bien entendida, sin ver que en la agradable igualdad de humor de María Magdalena entraba tanta urbanidad al menos como dulzura natural.

Lucy lo sabía y esto era lo que la asustaba. Había llegado el momento en que su amiguita, lastimada en todos sus sentimientos, que ni su suegra ni su marido se habían dignado descubrir en ella, se envolvía en su finura de mujer bien educada para ponerse á cubierto de todos los ataques. La situación de Roberto, puesto entre dos cariños y dos deberes, iba á ser muy delicada y penosa. No sospechaba que su mujer tuviera carácter, é iba á conocerlo. Y Lucy no dejaba de notar que en el corazón de María Magdalena había cierto rencor contra su marido por no haber pensado en amar otra cosa de ella sino su elegante personalidad física, y haberla juzgado *à priori*, por el concepto intelectual, indiferente y buena para ponerla en tutela.

Roberto, pensando en disipar la desagradable influencia que los desunía, no supo arbitrar otro medio sino preguntar á su mujer si le gustaría organizar un baile. Esta proposición fué rechazada so pretexto de que la estación estaba muy adelantada, pero en realidad porque María Magdalena preveía que en tal empresa tendría que soportar las generosidades de su suegra.

A Lucy se le ocurrió algo mejor.

castillos y abadías. En ocasiones anduvieron muchos kilómetros por malos caminos, llenos de cuevas y vericuetos, sólo por ver montones de piedras sin interés; descubrieron también en ciertas aldeas desdeñadas por las Guías, antiguas iglesias de campo que dominaban con su calado campanario masas de casitas grises con su techumbre de pizarra cubierta de musgo.

Pasaron cinco días en la posada de un pueblo, una de esas antiguas posadas en cuya muestra se lee: «Se aloja á pie y á caballo.» Se detuvieron allí porque, habiendo entrado á almorzar, les llamó la atención la limpieza, rara en Bretaña, y el aspecto agradable de la dueña. Las sábanas olían á espliego; en el techo de su cuarto había gruesas vigas oscuras; alegraba las paredes un papel inverosímil en que había pintados pescadores de caña en paisajes japoneses y que databa lo menos de cien años; en una cómoda descollaba una corona de desposada puesta sobre un almohadón de terciopelo. Por las mañanas muy temprano oían mugir las vacas que se sacaban al campo.

Pasaron allí muy á gusto algunos días. La primavera cantaba en su alma como en el cielo azul del mes de junio. Roberto y María Mad iban á correr por los campos, metiéndose al azar por los senderos, perdiendo á veces su camino, no encontrando alma viviente por espacio de horas enteras, y para dar con el camino, orientándose de algunos molinos de viento, cuyas grandes alas grises se veían á lo lejos, ó de la alta flecha del campanario, lanzada como el mástil de un barco sobre la oleada de trigos verdes y de maizales en flor.

Así transcurrieron horas apacibles durante las cuales Roberto se sintió rejuvenecido y plenamente feliz, sin pensar en su profesión, ni en sus pleitos, ni en su madre, ni en el grave porte que debe tener un hombre de toga. Ya no era un ser rotulado en la sociedad de una pequeña ciudad curiosa; era solamente un hombre, un joven prendado de su bella mujer, á la que apreciaba mejor en aquel ambiente de alegría y de dicha sin testigos. María Magdalena, sencillamente vestida, estaba encantadora, alargando el paso para seguir á su marido, haciendo que la ayudara para pasar los setos y las zanjas que era forzoso escalar en aquellos países perdidos; encantadora, llevando enormes manojos de flores, hierbas y ramas con las que adornaba su cuarto; y también cuando, cansada de haber andado mucho, se sentaba al lado de su marido, encarnada, sofocada, con sus bonitos cabellos rubios algo despeinados, con sus finas facciones animadas por la alegría de ser amada, de sentirse bonita y de oírsele decir. Y él se lo decía con elocuencia, pero sin hablar mucho. Ambos iban cogidos de la mano, pasando largos ratos sin dirigirse la palabra, mirando con enternecimiento á los pajarrillos muy ocupados en dar de comer á sus hijuelos. Aquellas aves estaban más adelantadas que ellos, y esta reflexión les causaba alguna desazón.

Una mañana se extraviaron en medio de interminables campos de trigo, sin que tuvieran ningún sendero á la vista. Unos repliegues del terreno les ocultaban el campanario y los molinos, su brújula ordinaria. María Magdalena se sentó muy cansada, mientras Roberto seguía adelante por ver si divisaba alguna granja ó algún campesino que los sacara de apuros. En torno de ella reinó un gran silencio y de pronto tuvo la sensación de una soledad completa. No se oía más que el susurro de las espigas y de las hojas agitadas por una tibia brisa, todo ello acompañado del zumbido continuo de las abejas y de las moscas azules. Un repentino enternecimiento hizo que á la joven se le llenaran los ojos de lágrimas.

María Magdalena era una buena muchacha, joven y amante, que se contentaba con sentir, sin meterse en refinamientos sobre lo que experimentaba. La calma, la paz infinita de aquella soledad penetraron en su alma; tuvo el deseo súbito y vehemente de vivir allí siempre, apartada de la sociedad, sola con su marido, á quien amó por primera vez, como él mismo la amaba. Vivir allí, en una casita blanca, tapizada de rosas; vivir sola con él; tener una porción de hermosos hijos; no recibir á nadie...; sí, hacer una excepción en favor de Lucy, y otra en el de Darlot, aquel hombre original, tan desagradable y que se hacía querer á pesar de sus rarezas. Pero nada de casa suntuosa, nada de días de recibo, ni de suegra, ni de fiestas, ni de banquetes, ni de trajes. La naturaleza, libros serios, música, dos amigos y Roberto.

María Mad fué por espacio de diez minutos una perfecta heroína de novela inglesa. Deseó la vida campestre, los goces sanos de la maternidad.

Roberto apareció al extremo del campo de trigo; acababa de ver los tejados de una granja.

El sonido de las campanas de la aldea llegó hasta ellos desde lejos.

— ¡Qué cavilosa estás, Mad!

Ella le contó su ensueño bucólico y él se sonrió.

— ¡Qué pronto te aburrirías!, dijo. Lo que es á mí, el campo no me gustaría gran cosa.

Ella le miró algo sorprendida.

— Sin embargo, ¿no es admirable, Roberto?

— Sí, por algunos días y con una María Mad elegante y linda; pero al cabo de algún tiempo cambiarías y te convertirías en una especie de aldeana. Las modas penetran difícilmente en este rincón de país.

— ¡Las modas! ¿Y pensarías en eso?, replicó como indignada.

— ¡Pues no! Tal como estás ahora, con un vestido sencillo, pero bien hecho, me pareces muy bonita; pero ¿cómo estarías vestida por la sastra del pueblo? ¿Y llevarías zuecos? En invierno estos caminos deben estar impracticables. No; la soledad es hermosa; pero la sociedad tiene sus atractivos.

Enfadada y desalentada, María Magdalena se calló. ¡Cuán diferente de ella era aquel Roberto cuya mano rozaba la suya y que, con gran escándalo de una aldeana que guardaba patos cerca de allí, cogió de pronto á su mujer por la cintura y la besó!

Almorzaron en la granja descubierta por Roberto; es decir, comieron con muy buen apetito y riendo de contento unas rebanadas de pan negro untadas de manteca salada. La sala baja de aquella granja era admirable, desde el punto de vista pintoresco. De las vigas de roble del techo pendían sartas de cebollas, velas, hierbas secas y jamones, negros de moscas; en una alta chimenea de piedra había un crucifijo de boj y una imagen de la Virgen de madera toscamente esculpida. Había también una cama de abertura tan estrecha que era casi como un nicho, y María Magdalena pensó que los que allí se acostaban debían ahogarse; unos bancos á lo largo de las paredes y un pavimento de tierra batida visitado por las gallinas, que andaban libre y familiarmente por la casa. En todas partes una suciedad extraordinaria. El patio de la granja estaba tan lleno de estiércol y de paja podrida, que se habrían necesitado zancos para andar por él sin peligro.

La gente que allí vivía apenas hablaba francés. Todos se expresaban en esa dura lengua bretona que parece tropezar con guijarros entre sus sílabas sonoras. Unos chiquillos sucios, que no se habían lavado la cara hacía quince días, con sus cabellos amarillentos cayéndoles sobre los ojos, se acercaban á mirar con la boca abierta á los forasteros... Aquella chiquillería desarrapada, con sus pies sucios metidos en zuecos hendidos, era curiosa de ver, por el aire de ingenuidad conservado debajo de la grasa.

Como todo aquello le causaba alguna repugnancia, María Magdalena abrevió el almuerzo, y volvió con hambre á su posada.

Mientras sus amigos andaban por los campos y entablaban relaciones con los naturales del país, Lucy Hartley pintaba un estudio. Había descubierto un rincón de landa agreste, lleno de brezales de color de rosa y de juncos, que la entusiasmaba. Allí pasaba los días. Era demasiado discreta para acompañar á Roberto y á su mujer en sus paseos. Desde su casamiento no habían disfrutado de aquella soledad. Era como una licencia de algunas semanas, de algunos días quizás. Había, pues, que dejarlos tranquilos. Ellos apreciaban su reserva, y se reunían con gusto con la joven inglesa á las horas de las comidas. Pasaban la velada contándose lo que habían hecho, visto y dicho durante el día. Y Lucy, que quería mucho á María Magdalena, pensaba que después de haber gozado de libertad, los dos jóvenes no consentirían en ponerse otra vez bajo tutela y tendrían valor para sacudir el yugo de aquella anciana señora, para resistir respetuosamente á aquella autoridad sobrada absoluta. «Me parece que no pasarán muchos días sin que tengamos noticias tuyas — pensaba — Debe creer como yo que le costará trabajo recobrar su imperio sobre ellos. Los llamará, pero ¿con qué pretexto?»

Y en efecto, pronto se recibieron noticias tuyas. Tres días después de su instalación en aquel pueblo, una mañana, cuando Lucy bajaba de su cuarto con su caja de colores y su quitasol, la huésped le entregó una carta dirigida á Mad. Roberto Le Clercq con el sello de correos de Montpazier. Aquella carta era sin duda de la suegra.

— No es para mí, dijo.

— No. Pero esa señora y su marido han salido hace ya mucho rato. Quizás no vengán á almorzar, y he pensado que si usted va á reunirse con ellos, podría entregarles la carta.

Miss Hartley reflexionó un instante y la tomó. En seguida se fué á pintar.

Por la noche volvió á sus amigos rendidos de cansancio, y María Mad, cogida del brazo de su marido, llevando brazadas de flores, recogiendo la falda

del vestido en el brazo, peinada descuidadamente, risueña y contenta: pensó en la carta que tenía en el bolsillo y suspiró. Iba á caer como copioso aguacero en día de verano. Ya no más risas, ni abandonos, ni amores. La vuelta á la realidad.

— Dejémosles comer tranquilamente, pensó.

La comida fué muy alegre. María Magdalena, que tenía una bonita voz de soprano muy aguda, cantó á los postres como se hace en las bodas de aldea. Luego tocó á Lucy y á Roberto, quien, con gran sorpresa de su mujer, entonó una canción casi ligera.

El verle joven, risueño, sin la tiesura y reserva acostumbradas, le causaba una alegría sin límites. Tal como se presentaba allí, su madre le habría censurado; no era ya el hijo correcto de Mad. Le Clercq, abogado del foro de Montpazier, sino su Bob, que la amaba, se lo decía, salía sin guantes, fumaba en pipa, llevaba una americana de cutí y parecía un estudiante.

Las personas cuyo carácter está siempre reprimido pecan de exuberantes cuando la ocasión se presenta. Tal como estaba Roberto allí, María Mad le adoraba, y esto era lo que le daba aficiones tan campestres.

«¡Qué lástima que esto acabe tan pronto! — pensaba Lucy sin poder resolverse á darle la carta. — ¿Por qué ha tenido Roberto la desacertada idea de escribir á la vieja lady dándole su dirección? ¡Qué imprudencia! En fin, esta carta bien ha podido sufrir un retraso: ¡el servicio de correos es tan defectuoso! No se la entregaré hasta mañana. Maud me abrazará por esta buena acción.»

Al otro día Lucy se levantó demasiado tarde para ver á sus amigos antes de la hora de comer; habían contraído ya las costumbres del campo. Despertados por los ruidos matinales de la posada, se vestían de prisa y salían al campo. Aquel día Lucy no volvió para almorzar, y por tanto tampoco entregó la carta. Por la noche se celebró en el pueblo una boda de campesinos, y los tres amigos fueron á ella acompañados por la posadera. Allí vieron gente que se divertía á más y mejor. Después de una comida copiosa, los jóvenes bailaban mientras los viejos jugaban al dominó, vaciando jarros de sidra.

La llegada de los forasteros causó al pronto algún encogimiento; pero en breve desapareció. La orquesta, compuesta de un músico ambulante que rascaba un violín, tocaba rigodones á cuyos sonos bailaban aquellos pesados campesinos varias danzas.

Entre la concurrencia había un joven pasante de notario que llevaba corbata encarnada y zapatos de charol y que, sabiendo valsar, se había acercado á las señoras y denigraba desdeñosamente las danzas populares. Pidieron al del violín que tocara un vals; Roberto invitó á Lucy, el otro hombre de mundo á María Mad, y dejaron á los aldeanos con la boca abierta al verlos valsar. Luego se entonaron cantos en bretón, cantos de boda, con una tonalidad tan triste que se los habría tomado por lamentaciones.

Los tres pasaron algunas horas agradables. Lucy, que llevaba siempre un pequeño álbum, sacaba croquis: Roberto y María Magdalena pensaban que se habían divertido mucho menos en su boda.

Al volver á su posada, Lucy tomó la resolución de entregarles la carta al día siguiente: hubiera sido indiscreto demorarla por más tiempo. Así pues, á la hora de almorzar y cuando Roberto y su mujer proyectaban ir á visitar una antigua iglesia donde había inscripciones latinas y capiteles muy curiosos, Lucy les dijo:

— Antes de partir, harán ustedes bien en leer una carta que me han entregado para ustedes.

María Mad se puso colorada; Roberto frunció el ceño; en un segundo el rostro de ambos cambió de expresión, viéndose retratada en él la inquietud.

— La carta es para usted, Maud.

Ésta rompió el sobre; y Lucy, que observaba en el semblante de su amiga las sensaciones que la agitaban, pensó:

— Sí. Los llaman; pero ¿con qué pretexto?

María Magdalena, haciendo un verdadero esfuerzo, recobró su sonrisa, pero un tanto forzada, y entregó la carta á su marido; luego dirigiéndose á Lucy dijo:

— Amiga mía, tendremos que dejar que continúe usted sola su viaje; Mad. Le Clercq me escribe que mi padre llegará á Montpazier el 20, es decir, dentro de dos días. Es preciso que estemos allí. Esta llegada es repentina é inesperada.

— En efecto, replicó Lucy con intención; cuando hace menos de un mes pasé unos cuantos días en París, vi á M. de Bois Saint-Marcel que me dijo que tenía el proyecto de pasar los meses de junio y julio en Escocia en casa de un amigo, M. Mac-Claverhouse. ¿Le ha rogado usted que venga?

— No; probablemente habrá sido mi suegra.

Las dos mujeres se miraron pensando lo mismo y María Magdalena arrugó el entrecejo.

Roberto, que había leído la carta, miraba maquinalmente el sobre con marcado disgusto.

— ¡Ah!, dijo. La carta es de tres días atrás.

— Sí, contestó Lucy con mucha calma; les ruego que me perdonen mi aturdimiento. Me la entregaron anteayer, en el momento en que salía, y después se me olvidó.

María Mad y ella volvieron á cambiar otra mirada.

— Esto me contraría. Habríamos podido hacer algunos preparativos para recibir al doctor.

— Mad Le Clercq los hará por ustedes, añadió Lucy.

La comida acabó tan tristemente como alegremente había empezado.

Roberto fué á anunciar su marcha á la posadera, y á buscar un carruaje que los llevara á la estación más próxima, por lo cual las dos jóvenes se quedaron solas unos momentos. María Mad, puesta de codos en el antepecho de la ventana abierta, miraba sin verlo el paisaje á que ya estaban acostumbrados sus ojos, las casas bajas del pueblo, dominadas por el campanario de la iglesia, los campos de múltiples colores y el horizonte azul tras el cual se adivinaba el mar.

Evidentemente pensaba en la carta que acababa de recibir, y analizaba los hechos. Preguntábase cómo era que su padre, que debía estar en Escocia, iba ahora á Montpazier; por qué Mad. Le Clercq le había invitado justamente durante su ausencia, lo cual era un medio seguro de abreviar su viaje.

Cavilación peligrosa. La mano firme que los tenía sujetos se apretaba, se convertía en garra, y la voluntad de María Magdalena, afirmada por aquellos pocos días de libertad, empezaba á rebelarse, no ya por efecto de esas ligeras contrariedades que pueden traer consigo los contactos de la vida diaria, sino fríamente, con toda tranquilidad de espíritu y de razón.

— Confío, dijo miss Hartley queriendo interrumpir aquellas cavilaciones, en que dentro de algunas semanas podrán ustedes reanudar su viaje é ir á verme á Tregastel. Pienso ir allí directamente ahora que ya no me acompañan amables amigos para hacerme tomar el camino más largo.

María Magdalena meneó la cabeza.

— No, contestó, no iré á usted á Tregastel; probablemente no me lo permitirán. Y creo que es usted, su influencia, lo que se teme; no la quieren.

Miss Hartley respondió con forzada sonrisa:

— Querida Maud, no hable usted tan tristemente; es usted elegiaca como la Joven Cautiva de Andrés Chenier.

Después de una pausa, María Magdalena se volvió á su amiga, y poniéndole las manos en los hombros y fijando en ella una mirada penetrante, dijo:

— Lucy, estoy cansada. Quisiera que Roberto lo echara de ver todo.

Y sin más explicaciones, se puso á arreglar la maleta. Miss Hartley se retiró á su cuarto para hacer sus preparativos y reflexionar en la situación. Esta mujer, á quien temía Mad. Le Clercq, tenía una naturaleza enérgica y aventurera; y aun cuando dotada de excelente educación, apenas la contenían, en los casos graves, las mil trabas de las costumbres.

Después de hacer sus preparativos de marcha, lo cual fué breve, porque tenía la práctica de los viajes como buena inglesa, bajó á la sala de la planta baja y vió á Roberto que con aire pensativo se paseaba por el jardín fumando un cigarro. Oíase á María Mad ir y venir por su cuarto.

Lucy Hartley se acercó á Roberto.

— Sr. Le Clercq, desearía hablar con usted.

Extrañado del tono serio con que le dijo esto, la miró con un poco de inquietud.

— Sí, necesito hablarle. He reflexionado mucho, y me parece que si no le hablara, me arrepentiría.

Se detuvieron en el fondo de una calle de tilos, donde, á la verde sombra de las ramas, había un pozo. El pretil de piedras grises, rodeado de musgo y de parietarias, sostenía una gruesa polea enmohecida en la que se enrollaba una cuerda; al asomarse á él, se sentía una humedad glacial y se veía á obscuras profundidades un poco de cielo azul reflejado que parecía caído en el fondo de una cueva.

Miss Hartley se apoyó en el pretil y dijo:

— Lo que voy á hacer es incorrecto; pero ¿no cree usted que hay circunstancias en que se deben dejar á un lado las vulgares conveniencias, cuando, por

ejemplo, se trata del porvenir de una persona á quien se quiere?

Menester era que Lucy Hartley tuviera un verdadero valor moral para seguir hablando á pesar de la fría impassibilidad de Roberto. Aquel rostro grave, de labios algo delgados, de expresión con frecuencia impenetrable, hubiera hecho retroceder á otra cualquiera.

Pero Lucy estaba dotada de la más tranquila audacia. En el caso presente se sentía sostenida por la



Tocaba rigodones á cuyos sonos bailaban aquellos pesados campesinos

convicción de obrar bien; era preciso que intentase un esfuerzo para salvar á Maud, y lo hacía, aunque contando con la cortesía de su interlocutor.

— No tengo que empezar por largos preámbulos, porque no acertaría. Está usted convencido de la amistad que profeso á María Magdalena y este sentimiento es el que me decide á hacer lo que hago. Conozco mucho á Maud; quizás la conozco, desde cierto punto de vista, más que usted mismo. Es una mujer tranquila, dulce, afectuosa; le horroriza el ruido y las discusiones. Con tal de evitar querellas sufrirá mucho tiempo, procurará sinceramente sacrificar sus propios gustos en interés de la tranquilidad de su casa. Eso es muy hermoso. Muchas conocidas mías no serían capaces de semejantes esfuerzos. Pero — hay un pero — cuando crea notar que su paciencia no sirve de nada, cuando vea que parece muy justo y natural su voluntario sistema de pasar por todo, habrá una reacción. ¿No ha visto usted nunca á Maud en un momento de cólera? Pues yo sí, una sola vez, me acuerdo muy bien; tuvo el valor de romper con ciertas personas que eran amigas íntimas hacía muchos años, y nada pudo cambiar su resolución de no volverlas á ver. Maud tiene un carácter que usted ni siquiera sospecha. La conocía usted muy poco antes de casarse con ella...

Roberto, comprendiendo muy bien el sentido de las palabras de miss Hartley y á qué tiranía aludía, estaba dominado por sentimientos complejos. También él conocía que su madre anulaba demasiado á María Magdalena; también comprendía que con aquella carta hacía más pesada la cadena que los sujetaba; pero le molestaba que miss Hartley lo hubiera visto, que se atreviera á hablarle de ello, decirle lo que él mismo pensaba, aun cuando no podía menos de apreciar el sentimiento que la hacía hablar. Pero, bien mirado, ¿tenía María Mad verdaderamente esa obstinación y esa rigidez con las que al parecer se le quería asustar?

Procuró sonreír irónicamente y dijo:

— En efecto, señorita, no sospechaba que mi mujer tuviera un carácter tan desagradable. Siempre la he visto amable y graciosa. Me complazco en creer que exagera usted sus defectos.

Lucy Hartley le miró seriamente.

— ¡Oh!, contestó con calma; eso no es digno de usted. No me figuraba que fingiera usted equivocarse acerca de lo que le digo. Puede usted llevar á mal que me atreva á mezclarme en asuntos ajenos; pero me conoce usted lo bastante para saber que si obro así es porque creo que lo debo hacer.

— Señorita, estoy persuadido de las excelentes intenciones de usted; pero la verdad es que la han llevado un poco lejos.

Lucy se volvió y dió un paso para alejarse de Roberto.

— Algún día se arrepentirá usted de esa rigidez injustificada.

— ¿Qué día? ¿En qué circunstancia?

— El día en que María Magdalena, no pudiendo aguantar más, se separe de usted para volver á casa de su padre, si es que su padre quiere recibirla. Y ese día quizás no esté tan remoto.

Roberto se puso encarnado, porque sintió una violenta palpitación sólo al pensar que pudiera suceder semejante cosa, que Mad, su querida Mad, pudiera separarse de él por algunas fútiles querellas.

— En fin, dijo con el tono de un hombre que acepta la discusión á regañadientes, ¿le ha dicho á usted María Magdalena?..

— Nada, absolutamente nada, replicó vivamente Lucy. No debe usted creer que sea mujer capaz de prorrumpir en recriminaciones. He visto, nada más que visto, lo que usted, siendo el más interesado, no sabe ver.

— ¿Qué ha visto?.. Precise usted.

— He visto que Maud, antes muy animada, se ha vuelto triste y se encierra en una reserva que no le es natural. He visto por mis propios ojos en mil circunstancias, durante los pocos días que he pasado en Montpazier, que ella no está en su casa, que está á las órdenes de otra persona, dotada de buenas cualidades, soy la primera en reconocerlo, lo cual no impide que después de haber sido casi libre de sus actos en casa de su padre, se ha encontrado bajo tutela severa y estrecha apenas se ha casado. Es exactamente lo contrario de lo que pasa en todas partes. Una joven desea ser su propia dueña. Le aseguro á usted que si yo me viera en la situación en que se encuentra Maud, no

tendría fuerzas para contenerme como ella lo ha hecho hasta aquí.

— ¿Pues qué haría usted?, le preguntó tanto más irritado cuanto que conocía que decía la verdad.

— Rogaría á mi marido que me proporcionara una casa modesta, y hasta pobre si no le era posible hacer otra cosa, pero en la que yo estuviera en mi casa, donde tuviese el derecho de dar una orden, sin exponerme á reprimendas que una no recibe de buen grado cuando no es ya una niña. Preferiría la cabaña más pequeña, sin una criada siquiera, al hotel más suntuoso donde viviría en una posición falsa.

— ¿Y si su marido de usted no atendiera sus reclamaciones?

— Supongo que me daría las razones de su negativa.

— Quizás...

— Creo que si mi marido me amara, me trataría, no como niña voluntariosa, á la que se envía á la escuela á pesar de sus gritos, sino como mujer inteligente, y no tendría inconveniente en explicarme por qué causa estaría obligada á soportar favores y beneficios pagados á gran precio con la abdicación de toda voluntad, de toda dignidad.

El tono de sosegada firmeza de Lucy chocó á Roberto, quien discutió.

— Mi madre quiere sinceramente á María Magdalena.

— No lo dudo.

— Lo ha probado en todas ocasiones. Ha tenido para todos los deseos de mi mujer la indulgencia que tendría una madre.

— Sí, lo sé; y eso es lo que da á Mad ánimo para sufrir más tiempo de lo que de otra suerte habría sufrido.

— Da usted exagerada importancia á las pequeñas cuestiones que hayan podido surgir entre ellas. Madame Charmón ha sido la causa principal, y esa señora debe estar en Inglaterra ó á punto de partir. Es un sacrificio que hace mi madre. ¿Lo reconoce usted?

— Lo reconozco. Mas puesto que se aviene usted á discutir conmigo y la discusión es interesante, ya que tiene por objeto la felicidad de una persona á quien queremos usted y yo, debo confesarle que esas pequeñas cuestiones, como usted dice, me han parecido bastante serias para el estado de alma de las dos mujeres á quienes atañen. Mad. Charmón no ha sido más que una ocasión que puede renovarse de un momento á otro; un pretexto que ha permitido á esos dos caracteres comprender que no se avienen. Mad. Le Clercq, que está persuadida de su propio valer, tiene el sentimiento de la dominación...

(Continuará)

EXPOSICIÓN DE PARIS DE 1900

LA TECHUMBRE DE LA GRAN NAVE DEL GRAN PALACIO DE BELLAS ARTES

Aunque la exposición de 1900 no haya dado, como su antecesora la de 1889, ocasión á los ingenieros para ejecutar obras que llamen de un modo predominante la atención pública, hay en ella algunos trabajos que por su importancia y sobre todo por los procedimientos de construcción merecen que se diga algo de ellos: tal sucede con el puente de Alejandro III y con la techumbre del Gran Palacio de Bellas Artes. La Exposición de 1889 significó el triunfo del hierro en sus aplicaciones, y naturalmente los ingenieros, que son los operadores indicados del metal, obtuvieron el éxito que merecían; hoy son los arquitectos los que toman el desquite con el empleo tal vez excesivo de la piedra y del yeso. Dentro de algunos meses contemplaremos una serie de monumentos decorados, en tan gran número que es casi seguro que los unos perjudicarán á los otros.

El armazón metálico que contiene la techumbre del Gran Palacio no es obra de ingeniero, puesto que ha sido dibujado en sus líneas principales en las oficinas de los arquitectos Girault y Deglane; y si los constructores encargados de su ejecución y de su montaje obtienen alguna gloria, es por la rapidez, la precisión y la ingeniosidad de medios que han empleado para realizar tan importantes proyectos en el corto espacio que se les había señalado.

Los arquitectos que dibujan sus palacios dan á la parte metálica una forma aproximada, cuya solución definitiva no han de buscar desde el momento en que no son ingenieros: son éstos los únicos que, después de cálculos muy largos y complicados, pueden suministrar las dimensiones y las formas finales.

El conjunto de la obra metálica necesaria para la techumbre del Gran Palacio es considerable, ya que exige no menos de 6.000 toneladas de acero: compónese de un gran cimborrio de 70 metros de altura que sostiene una cúpula de 45 metros de diámetro. Este conjunto constituye el motivo principal que domina el pórtico central y está coronado por una linterna de 18 metros de altura que eleva el punto más alto del edificio á 75 metros sobre el nivel del suelo, es decir, á más de 100 metros sobre el mar. Ese cimborrio metálico sirve de unión á tres galerías, dos de las cuales son prolongación una de otra y la tercera es perpendicular á la dirección de las anteriores, sirve para formar la contranave de la nave y está situada enfrente de la puerta de entrada.

Ante la importancia del trabajo y á causa del escaso tiempo de que se disponía para los estudios previos, el comisario general de la Exposición no creyó conveniente dirigirse á una sola persona para la ejecución de esa obra y ha recurrido á una asociación colectiva, compuesta de tres casas de construcción muy conocidas, las de Daydé y Pillé; Moisant, Laurent y Savey, y la Sociedad de Puentes y Obras en hierro. Esta determinación ha sido muy acertada, porque sabido es que los constructores no son siempre dueños de entregar sus encargos, ya que dependen de las ferrierías que les proporcionan los hierros, de las que ellos son tributarios; y como esas herrerías están sindicadas, no producen más que cantidades previamente determinadas de planchas y vigas y es muy probable que no hubieran podido entregar, en tan pocos meses, á un solo cliente las 6.000 toneladas necesarias.

Aunque la obra total ha sido confiada á la colectividad que hemos indicado, y aunque las tres casas son solidariamente responsables, los contratistas se han distribuido el trabajo: la casa Daydé y Pillé se ha quedado con la cúpula y la contranave; la de Moisant, Laurent y Savey con la parte derecha de la gran nave, y la Sociedad de Puertos y Obras en hierro se ha encargado de los materiales y montaje de la parte izquierda.

De estos tres constructores, los que han tomado la parte más importante son seguramente los señores Daydé y Pillé, no sólo por el peso del metal, sino muy principalmente por la índole especial de la obra que han de ejecutar. Por otra parte, esos ingenieros eminentes, para quienes el acero no tiene secretos, han tenido que ejecutar otras varias obras para la exposición, debiéndose á ellos los famosos cajones

más grande de la Exposición, después del puente, por su atrevimiento y por la corrección de sus líneas, y ha sido ya objeto de la admiración de todos los inteligentes, que no vacilan en denominarla la *Cúpula Daydé*, dándole el nombre de su constructor.

Las armaduras de esta obra, lo mismo que las de toda la techumbre del Palacio, pertenecen al género de las llamadas encajadas; es decir, que la resultante de todos los empujes pasa por los puntos de apoyo sobre el suelo y ejerza en ellos una presión soportada por una gran masa compuesta de tirantes de hierro con una capa de betún. Las paredes del palacio no hacen esfuerzo alguno, hasta el punto de que podrían desaparecer sin que la cúpula se resintiera en lo más mínimo. Esta elección de armaduras ofrece ciertamente la forma más segura, pero tiene un inconveniente de estética bastante grave, y es que dichas armaduras presentan necesariamente una flecha muy alta, lo cual produce una curvatura muy pronunciada; de aquí que el techo del Palacio forme un caparazón enorme que parece aplastar el edificio. Las columnas de la fachada constituyen un orden arquitectónico muy puro y recuerdan la época romana en todo su esplendor; pero en aquellos tiempos no se

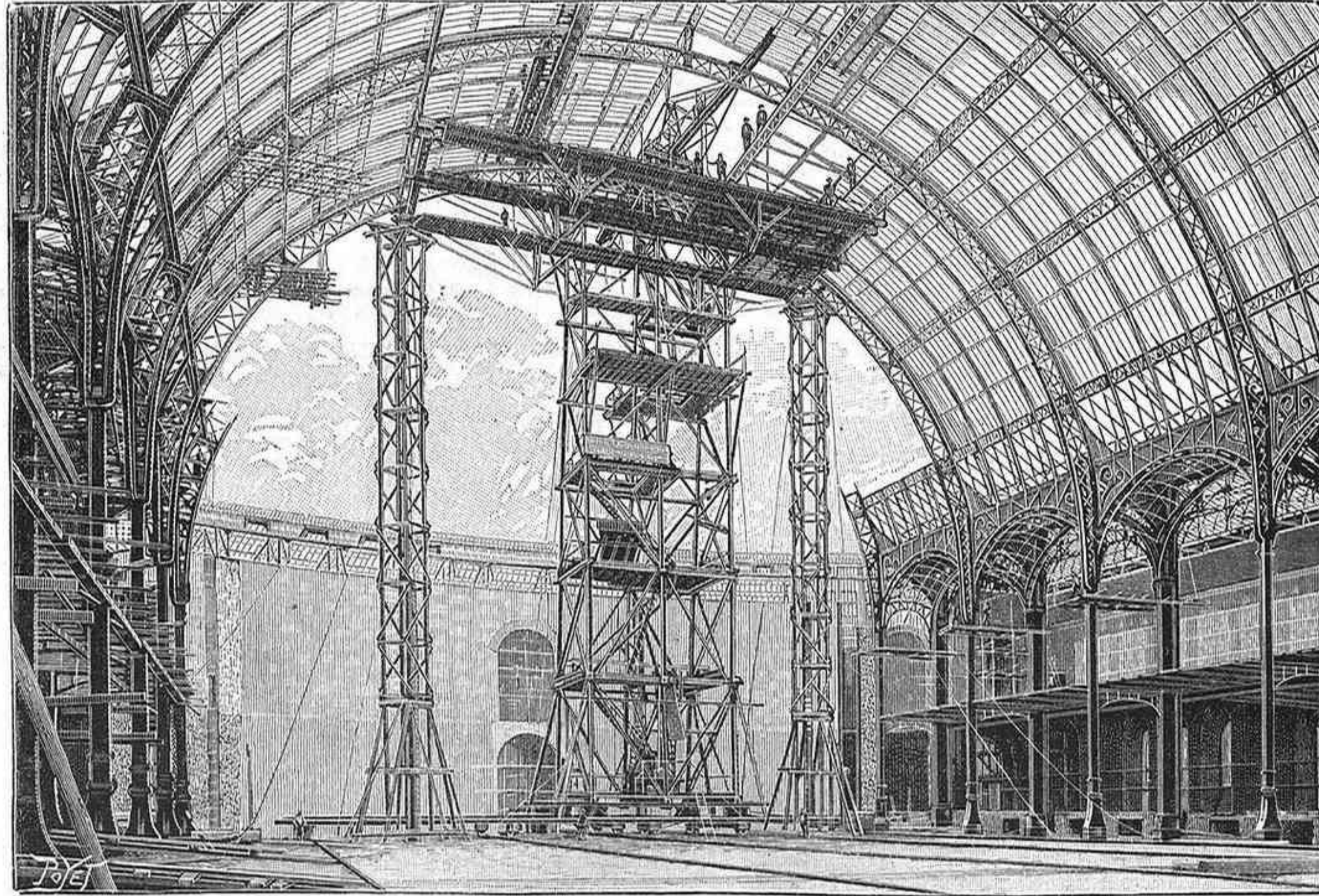


Fig. 1. - Montaje de los cuchillos de armadura

del puente Alejandro, una parte de la techumbre del Palacio de Ingeniería Civil, que es una maravilla, y

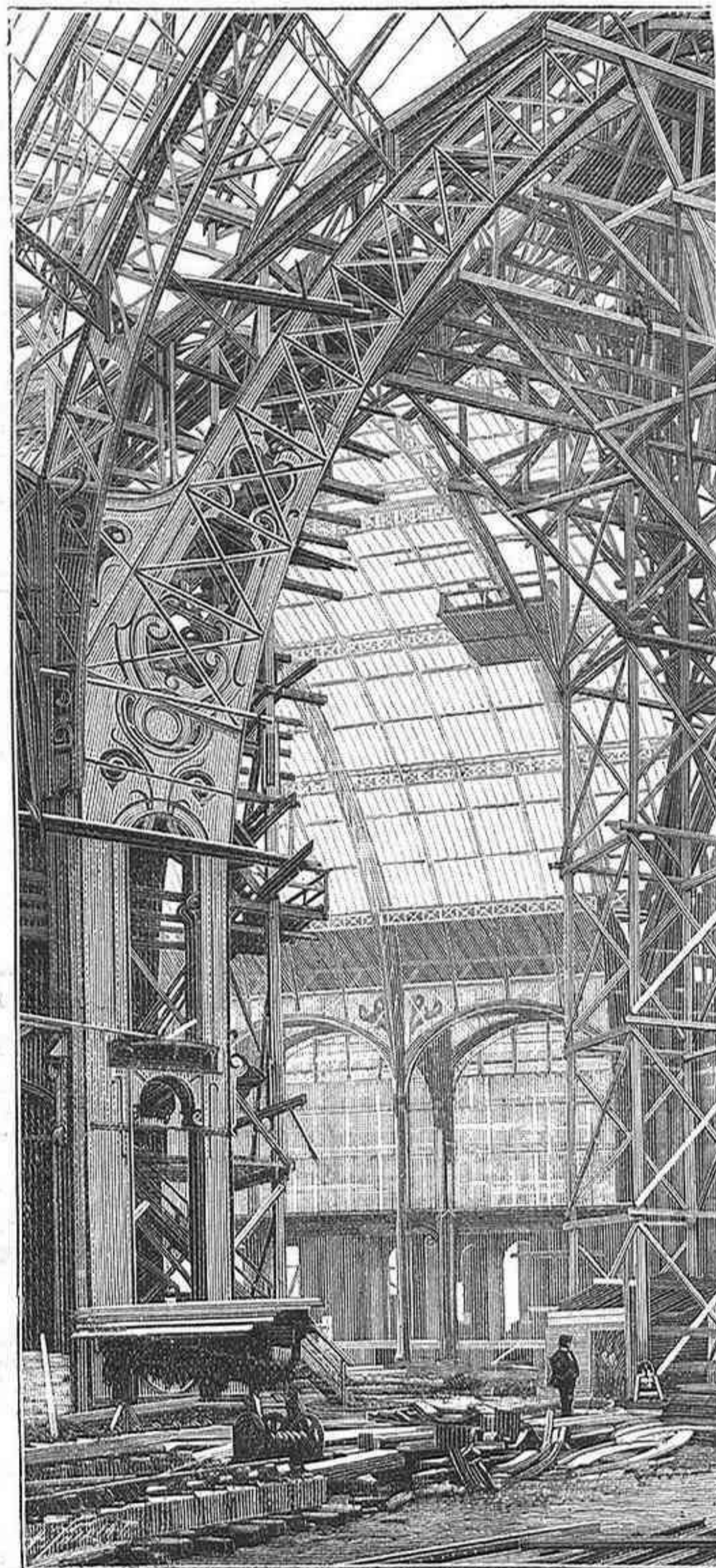


Fig. 2. - Arranque de uno de los cuchillos de armadura y de una armadura de enlace

los tres puentecillos sobre el Sena. La cúpula del Gran Palacio será seguramente el trabajo metálico

utilizaba el hierro en las construcciones y los pilares de piedra no tenían otro objeto que sostener un entablamento y un frontón que dominaba el edificio. Actualmente es preciso recurrir al metal para cerrar las grandes superficies de que se dispone; pero desde el exterior nada nos da á comprender que la cubierta esté sostenida en el interior por pilares independientes que desde fuera no vemos, resultando de ello que aparentemente las columnas son las que parecen sostener toda aquella masa de hierro, cuando por su ligereza y esbeltez distan mucho de parecer capaces de realizar tal esfuerzo.

La cúpula se apoya en una corona circular sostenida por las cuatro armaduras que descansan sobre los mismos apoyos que las armaduras de enlace (figura 2): éstas constituyen la línea de empalme de la porción esférica del cimborrio y de la parte cilíndrica de las galerías.

El procedimiento de montaje empleado por la casa Daydé y Pillé es muy interesante: en un elevado andamio se ha instalado una vía de rodadura circular de madera, colocada encima del sitio que debía ocupar en el espacio la cúpula, y en el centro de la obra se ha montado un andamio independiente del otro, destinado á sostener una especie de anillo de hierro de 25 á 30 centímetros de diámetro. La colocación de este anillo y del techo es muy importante, porque uno y otro han de soportar el aparato de mantenimiento necesario para poner en su sitio los diferentes elementos. Este aparato se compone de dos vigas de 35 metros de largo que llevan á unos ocho metros de su extremo unas fuertes agarraderas que se adaptan al anillo central, disposición merced á la que todo el aparato puede girar sobre un plano horizontal alrededor de un punto.

La viga se halla sensiblemente equilibrada, para lo cual se han colocado al extremo de su brazo más corto unos barriles cargados de remaches: el brazo grande lleva en su extremo una carretilla cuyas ruedas se apoyan en un carril circular situado á lo largo del techo. De este modo, todo el sistema puede girar alrededor de su eje, tomando entonces el brazo de la viga la dirección de un radio cualquiera del círculo de trabajo.

Los dos constructores de las partes laterales han empleado cada uno un sistema diferente. La Sociedad de Puentes, que ejecuta la parte izquierda, ha montado un gran andamiaje que abraza toda la sección de la nave y que tiene anchos tableros á diferentes alturas, en los cuales los obreros están cómodamente instalados para trabajar.

La casa Moisant, Laurent y Savey ha adoptado un aparato nuevo de empleo fácil que permite montar todas las piezas rápidamente (fig. 1). Consiste en un gran andamiaje de madera que puede rodar sobre

el suelo en dos direcciones normales por medio de ruedas y carriles convenientemente dispuestos y girar en todos sentidos. La parte interesante de este apa-



BUSTO BIZANTINO, obra de Alfonso Mucha

rato está localizada en su parte superior: hay allí un gran brazo de palanca horizontal que se mueve según un arco de círculo de unos 60 grados, cuyo centro

está situado en el extremo libre de aquella larga viga. Por este punto pasa también la cadena de la cabria, uno de cuyos cabos desciende hasta el tablado inferior, en donde está el tambor de enrollamiento; el otro cabo está situado en una carretilla movable que se desliza á lo largo de la viga horizontal. Fácil es comprender que este aparato sirve para todas las operaciones necesarias, ya que el garfio de la cabria puede ir á todos los puntos del espacio situados debajo del brazo de palanca.

Las grandes armaduras de la pista han sido ejecutadas en tres operaciones distintas: en las dos primeras se han instalado los pilares verticales y las primeras dovelas apoyadas en las paredes. La tercera operación consistió en cerrar el arco metálico que había quedado abierto, para lo cual los extremos de las partes construídas se sostuvieron en falso por medio de dos pilones provistos de gatos: estos dos pilones tenían un doble objeto, primero levantar ligeramente los extremos libres de la parte ya hecha, y luego formar nuevos pilares de apoyo provisionales sobre los que podían hacerse descansar nuevas dovelas, también en falso, pero ensambladas con las anteriores.

El aparato, que está movido por la electricidad, es muy ingenioso y ocupa muy poco sitio: honra verdaderamente á los constructores que lo han ideado y que por los muchos trabajos realizados en la exposición se han conquistado uno de los primeros puestos entre los ingenieros franceses. — A. DA CUNHA.



Le Bal des Quat'z'Arts

Dibujo de A. Mucha para las invitaciones á un baile des Quat'z'Arts

Jarabe de Digital de LABELONYE contra las diversas Afecciones del Corazon, Hidropesias, Toses nerviosas; Bronquitis, Asma, etc.

El mas eficaz de los Ferruginosos contra la Anemia, Clorosis, Empobrecimiento de la Sangre, Debilidad, etc.

G GELIS & CONTÉ Grageas al Lactato de Hierro de

Aprobadas por la Academia de Medicina de Paris.

Bergotina y Grageas de BERGOTINA BONJEAN

HEMOSTATICO el mas PODEROSO que se conoce, en pocion ó en inyeccion ipodermica. Las Grageas hacen mas fácil el labor del parto y detienen las perdidas.

Medalla de Oro de la S^{ad} de F^{ia} de Paris

LABELONYE y C^{ia}, 99, Calle de Aboukir, Paris, y en todas las farmacias.

EL APIOL de los Dres **JORET y HOMOLLE** regulariza los **MENSTRUOS**

GARGANTA VOZ y BOCA PASTILLAS DE DETHAN

Recomendadas contra los Males de la Garganta, Extinciones de la Voz, Inflammaciones de la Boca, Efectos perniciosos del Mercurio, Irritacion que produce el Tabaco, y especialmente á los S^{res} PREDICADORES, ABOGADOS, PROFESORES y CANTORES para facilitar la emision de la voz. — Precio: 12 REALES. Exigir en el rotulo a firma Adh. DETHAN, Farmaceutico en PARIS

ENFERMEDADES DEL ESTOMAGO PASTILLAS y POLVOS PATERSON

con BISMUTHO y MAGNESIA Recomendados contra las Afecciones del Estomago, Falta de Apetito, Digestiones laboriosas, Acedias, Vómitos, Eructos, y Cólicos; regularizan las Funciones del Estomago y de los Intestinos. Exigir en el rotulo a firma de J. FAYARD. Adh. DETHAN, Farmaceutico en PARIS

AVISO Á LAS SEÑORAS

EL APIOL DE LOS DRES **JORET y HOMOLLE**

CURA LOS DOLORS, RETARDOS, SUPPRESSIONES DE LOS MENSTRUOS

FA^{ria} BRIANT 150 R. RIVOLI PARIS

TODAS FARMACIAS y DROGUERIAS

PÍLDORAS BLANCARD

con Yoduro de Hierro inalterable Aprobadas por la Academia de Medicina de Paris, etc. Contra la ANEMIA, la POBREZA de la SANGRE, el RAQUITISMO Exigirse el producto verdadero y las señas de BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, Paris.

PÍLDORAS BLANCARD

con Yoduro de Hierro inalterable Aprobadas por la Academia de Medicina de Paris, etc. Contra la ANEMIA, la POBREZA de la SANGRE, el RAQUITISMO Exigirse el producto verdadero y las señas de BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, Paris.

PÍLDORAS BLANCARD

con Yoduro de Hierro inalterable Aprobadas por la Academia de Medicina de Paris, etc. Contra la ANEMIA, la POBREZA de la SANGRE, el RAQUITISMO Exigirse el producto verdadero y las señas de BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, Paris.

ENFERMEDADES DEL ESTOMAGO

Pepsina Boudault

Aprobada por la ACADEMIA DE MEDICINA PREMIO DEL INSTITUTO AL D^o CORVISART, EN 1856 Medallas en las Exposiciones Internacionales de PARIS - LYON - VIENA - PHILADELPHIA - PARIS 1887 1872 1873 1876 1878

SE EMPLEA CON EL MAYOR ÉXITO EN LAS DISPEPSIAS GASTRITIS - GASTRALGIAS DIGESTION LENTAS Y PENOSAS FALTA DE APETITO Y OTROS DESORDENES DE LA DIGESTION BAJO LA FORMA DE

ELIXIR. de PEPSINA BOUDAULT VINO. de PEPSINA BOUDAULT POLVOS. de PEPSINA BOUDAULT PARIS, Pharmacie COLLAS, 8, rue Dauphine y en las principales farmacias.

APIOLINA CHAPOTEAUT

NO CONFUNDIRLA CON EL APIOL

Es el más enérgico de los emenagogos que se conocen y el preferido por el cuerpo médico. Regulariza el flujo mensual, corta los retrasos y supresiones así como los dolores y cólicos que suelen coincidir con las épocas, y comprometen á menudo la

SALUD DE LAS SEÑORAS

PARIS, 8, rue Vivienne, y en todas las Farmacias

REMEDIO DE ABISINIA EXIBARD

En Polvos, Cigarillos, Hojas para fumar SOBERANO contra



ASMA

CATARRO, OPRESIÓN y todas Afecciones Espasmódicas de las Vías Respiratorias.

30 AÑOS DE BUEN ÉXITO MEDALLAS ORO y PLATA.

PARIS, 102, Rue Richelieu. — Todas Farmacias.

Jarabe Laroze

DE CORTEZAS DE NARANJAS AMARGAS

Desde hace mas de 40 años, el Jarabe Laroze se prescribe con éxito por todos los médicos para la curacion de las gastritis, gastraljias, dolores y retortijones de estomago, estreñimientos rebeldes, para facilitar la digestion y para regularizar todas las funciones del estomago y de los intestinos.

JARABE

al **Bromuro de Potasio**

DE CORTEZAS DE NARANJAS AMARGAS

Es el remedio mas eficaz para combatir las enfermedades del corazon, la epilepsia, histeria, migraña, baile de S^o-Vito, insomnios, convulsiones y tos de los niños durante la denticion; en una palabra, todas las afecciones nerviosas.

Fábrica, Expediciones: J.-P. LAROZE & C^{ie}, 2, rue des Lions-St-Paul, à Paris. Deposito en todas las principales Boticas y Droguerias

ACRITUD DE LA SANGRE BOYVEAU-LAFFECTEUR

CÉLEBRE DEPURATIVO VEGETAL prescrito por los Médicos en los casos de ENFERMEDADES DE LA PIEL Vicios de la Sangre. Herpes, Acne. EL MISMO al Yoduro de Potasio. TRATAMIENTO Complementario del ASMA Soberano en Gota, Reumatismos, Angina de pecho, Escrófula, Tuberculosis. 102, Rue Richelieu; Paris. Todas Farmacias del Extranjero.

LIBROS ENVIADOS Á ESTA REDACCION

POR AUTORES Ó EDITORES

LOS SUICIDIOS EN CATALUÑA Y EN GENERAL EN TODA ESPAÑA, por D. Ambrosio Tapia. - Interesante en extremo es la obra recientemente publicada por el digno é ilustrado presidente de la Sala 1.^a de lo Civil de esta Audiencia D. Ambrosio Tapia. Como su título indica, comprende una completa estadística referente á suicidios, expuesta con gran claridad y dentro de un método perfectamente lógico; mas el autor no se ha limitado á este trabajo de números, sino que á cada capítulo acompañan atinadísimos juicios deducidos de las cifras y sugeridos por la larga experiencia adquirida por el Sr. Tapia en las carreras judicial y fiscal. Termina el libro con un importante capítulo que se titula «Contra el suicidio. - Propaganda útil,» en el que abundan las consideraciones inspiradas en el más sano criterio y se señalan los medios materiales y morales que deben emplearse en las leyes, en el púlpito, en la prensa, en el teatro, en la escuela y en el hogar doméstico para lograr la proscripción del suicidio. El libro ha sido impreso por D. Luis Tasso y se vende á dos pesetas.

A LA SOMBRA DE LA HIGUERA, por Vicente Blasco Ibáñez. - La «Colección Diamante,» que con tanto éxito edita en esta ciudad D. Antonio López, ha publicado con el indicado título una colección de cuentos valencianos del distinguido escritor Sr. Blasco Ibáñez: interés en el asunto, observación justa de las costumbres, estudio profundo de los tipos, tales son las cualidades de fondo de estos trabajos avaloradas por un estilo castizo y elegante. Véndese á dos reales.

LA PARTIDA DOBLE APLICADA Á LAS OPERACIONES DE COMISIONISTAS Y REPRESENTANTES DE CASAS NACIONALES Y EXTRANJERAS Y Á LAS DE LOS AGENTES DE CAMBIO Y BOLSA Y DEMÁS CORREDORES DE COMERCIO, por D. Domingo Cabré y Estany. - Este folleto, que es el volumen décimo de la «Biblioteca Administrativa Comercial,» es más que útil

necesario para los que se dedican á las profesiones mencionadas en el título, porque contiene un procedimiento práctico para anotar de una manera correcta y formal todas sus operaciones, desde la anotación del punto de partida hasta poder pasar balances, inventarios, etc. Véndese en la Administración de «El Consultor Mercantil é Industrial» á dos pesetas.

los trabajos de este género, y ajustándose por completo al original latino, hállanse vertidas en sonoros y sobrios versos castellanos, logrando producir una impresión horaciana con elementos modernos, sin incurrir en esas agitaciones epilépticas y en esos espejeos, como él los califica, á que tan aficionados son los decadentistas de nuestros tiempos. El libro, impreso en la imprenta de Cervantes, de Santiago de Chile, ha sido publicado en los «Anales de la Universidad.»



CALENDARIO EN CUATRO HOJAS PARA LA FÁBRICA DE CHOCOLATES DE MASSAN, obra de A. Mucha

ODAS DE HORACIO, por Eduardo de la Barra. - El inspirado poeta chileno D. Eduardo de la Barra, correspondiente de la Real Academia Española, ha prestado un buen servicio á la literatura publicando multitud de odas de Horacio admirablemente traducidas. Sus traducciones apártanse por completo de la ampulosidad que suele distinguir á la mayoría de

EPISODIOS NACIONALES DE LA GUERRA DEL PACÍFICO (1879-1883), por Ernesto A. Rivas. - Se ha publicado la segunda edición de esta obra editada en Lima por J. Boix Ferrer. Contiene veinte episodios á cual más interesante de aquella guerra, con algunas ilustraciones de R. Miró, formando un tomo de más de 200 páginas de amena é instructiva lectura. Véndese en Lima y Arequipa al precio de un sol.

MEDALLAS + LONDRES 1862 + PARIS 1889 + AMBERES 1894 +
 LRS. DE A. DE APIOL DE LOS JORET Y HOMOLLE REGULARIZAN LOS MENSTRUOS
 CAPSULAS DE LOS JORET Y HOMOLLE EVITAN DOLORES, RETARDOS
 DEPOSITO GENERAL FARMACIA BRIANT PARIS 150 R. RIVOLI Y TODAS FARMACIAS Y DROGAS

PAPEL ANTI-ASMATICOS BARRAL CIGARROS
 PRESCRITOS POR LOS MEDICOS CELEBRES
 EL PAPEL O LOS CIGARROS DE BARRAL
 disipan casi INSTANTANEAMENTE los Accesos.
 DE ASMA Y TODAS LAS SUFOCACIONES.

FUMOUZE-ALBESPEYRES
 78, Faub. Saint-Denis
 PARIS
 y en todas las Farmacias.

JARABE DE DENTICION
 FACILITA LA SALIDA DE LOS DIENTES PREVIENE Ó HACE DESAPARECER
 LOS SUFRIMIENTOS y todos los ACCIDENTES de 1.^a PRIMERA DENTICION
 EXÍJASE EL SELLO OFICIAL DEL GOBIERNO FRANCÉS
 Y LA FIRMA DELABARRE DEL DR. DELABARRE

Las Personas que conocen las
PILDORAS DEL DOCTOR DEHAUT
 DE PARIS
 no titubean en purgarse, cuando lo necesitan.
 No temen el asco ni el cansancio, porque, contra lo que sucede con los demas purgantes, este no obra bien sino cuando se toma con buenos alimentos y bebidas fortificantes, cual el vino, el café, el té.
 Cada cual escoge, para purgarse, la hora y la comida que mas le convienen, segun sus ocupaciones. Como el cansancio que la purga ocasiona queda completamente anulado por el efecto de la buena alimentacion empleada, uno se decide fácilmente á volver á empezar cuantas veces sea necesario.

PANCREATINA DEFRESNE
 POLVO PILDORAS
 Adoptada por la Armada y los Hospitales de Paris.
DIGESTIVO el más poderoso el más completo
 Digiere no solo la carne, sino tambien la grasa, el pan y los feculentos.
 La PANCREATINA DEFRESNE previene las afecciones del estómago y facilita siempre la digestión.
 En todas las buenas Farmacias de España.

CEREBRINA
 REMEDIO SEGURO CONTRA LAS JAQUECAS y NEURALGIAS
 Suprime los Cólicos periódicos
 E. FOURNIER Farm. 114, Rue de Provence, en PARIS
 en MADRID, Melchor GARCIA, y todas farmacias
 Desconfiar de las Imitaciones.

HARINA LACTEADA H. NESTLÉ
 ALIMENTO COMPLETO PARA NIÑOS Y PERSONAS DEBILITADAS

ANEMIA CLOROSIS, DEBILIDAD HIERRO QUEVENNE
 Curado por el Verdadero
 Unico aprobado por la Academia de Medicina de Paris. - 50 Años de éxito.

VINO AROUD
CARNE-QUINA-HIERRO
 MEDICAMENTO-ALIMENTO, el más poderoso REGENERADOR prescrito por los Médicos.
 Este Vino, con base de vino generoso de Andalucía, preparado con jugo de carne y las cortezas más ricas de quina, en virtud de su asociación con el hierro es un auxiliar precioso en los casos de: Clorosis, Anemia profunda, Menstruaciones dolorosas, Calenturas de las Colonias, Malaria, etc.
 102, Rue Richelieu, Paris, y en todas farmacias del extranjero.

JARABE ANTIFLOGÍSTICO DE BRIANT
 Farmacia, CALLE DE RIVOLI, 150, PARIS, y en todas las Farmacias
 El JARABE DE BRIANT recomendado desde su principio por los profesores Laennec, Thénard, Guersant, etc.; ha recibido la consagración del tiempo: en el año 1829 obtuvo el privilegio de invención. VERDADERO CONFITE PECTORAL, con base de goma y de ababoles, conviene sobre todo á las personas delicadas, como mujeres y niños. Su gusto excelente no perjudica en modo alguno á su eficacia contra los RESFRIADOS y todas las INFLAMACIONES del PECHO y de los INTESTINOS.

PATE ÉPILATOIRE DUSSEY destruye hasta las RAICES el VELLO del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.), sin ningun peligro para el cutis. 50 Años de éxito, y millares de testimonios garantizan la eficacia de esta preparación. (Se vende en cajas, para la barba, y en 1/2 cajas para el bigote ligero) Para los brazos, empléese el PILLIVORE DUSSEY, 1, rue J.-J. Rousseau, Paris.

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN